

Una experiencia de peregrinación



San Columbano Exposición misionera

Los columbanos, abiertos al soplo del Espíritu, caminamos con las iglesias locales de Chile, Asia, Oceanía, Europa y América, contribuyendo al continuo nacimiento del Reino de Dios. Por esta razón asumimos el desafío que los obispos de América Latina presentan en Aparecida: «La Iglesia está llamada a repensar profundamente y relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales». Para lograr esta renovación, cada Iglesia local ha tomado conciencia de su necesidad de una formación misionera que promueva la vocación Ad gentes, es decir, que despierte el deseo de salir hacia otros pueblos y culturas.

En Chile, los columbanos queremos hacer un aporte para que nuestra Iglesia sea una Iglesia misionera. Y por eso, hemos creado el Centro Misionero de San Columbano que es un espacio de educación misionera y evangelización itinerante que busca «... confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros».

Una de las actividades del Centro misionero es ofrecer una exposición misionera como una experiencia de peregrinación. En esta exposición peregrinaremos desde la Creación, al gran acontecimiento de Jesucristo, Reinado de Dios y su mandato misionero. Será una mirada a la misión desde el carisma de la Sociedad Misionera de San Columbano, que, al igual que su patrono, quieren vivir y trabajar en diversos contextos culturales, tejiendo redes de interculturalidad, con los ojos puestos en los rostros de los pobres y con los oídos abiertos a sus gritos, de manera que la vida sea plena para todos. Entendemos que Dios nos llama a cruzar fronteras de nacionalidad, cultura y lengua para ser parte de la misión universal de la Iglesia, una misión que llegue a todos los pueblos de la tierra.

Esta exposición también quiere acoger la espiritualidad del peregrino, continuando la experiencia de los primeros cristianos que fueron llamados «discípulos del Camino». Nosotros hoy queremos ponernos en camino, es decir, ser peregrinos por Cristo, compartiendo con todos los pueblos la Buena Noticia del Reino de Dios.

Sean todos bienvenidos a realizar esta experiencia de ser peregrinos por Cristo.



P. Álvaro Martínez Ibáñez
Director Regional

En esta exposición los invitamos a vivir una experiencia de peregrinación, desplazarnos hacia «otras orillas» para descubrir la Presencia de Dios en el hermano y hermana, en el que es diferente y también en el cosmos. Para ello, seguirán un itinerario progresivo que los llevará a entrar en diversos espacios que les ofrecerán la oportunidad de encontrarse con el misterio de Dios y la realidad personal, social y planetaria. Tómense un tiempo para ponerse en contacto con algunas preguntas vitales:

Mi Dios, ¿dónde estás?

Jesús: ¿dónde vives?

¿Quién soy yo? ¿Dónde me ubico en el universo?

¿Qué sueños de vida tengo?, y ¿cómo los quiero realizar?

«El Maestro esta Aquí y te llama»: ¿A qué te sientes llamado? ¿Qué misión quieres emprender?

Así, esta será una caminata de doble dirección: hacia nuestro interior y hacia nuestras relaciones con los demás, para recuperar modos solidarios y equitativos de convivir y de cohabitar entre nosotros y con nuestro planeta.

Equipo Centro Misionero San Columbano

¡Sean todos bienvenidos y bienvenidas!

Presentación del grupo: Alentar a todo el grupo a que se presente y exprese sus expectativas.

Presentación del recorrido

Esta exposición misionera busca ampliar miradas y horizontes que vayan haciendo posible el deseo de ser discípulos misioneros capaces de cruzar fronteras, no solo geográficas, sino especialmente sociales, culturales, políticas y religiosas, para descubrir la actualidad del proyecto de Jesús, que consiste en que la humanidad y el planeta «tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).

Los estamos invitando a realizar una peregrinación que comenzó Jesús de Nazaret en Galilea y que siguieron muchos discípulos suyos a lo largo de siglos. Uno de estos discípulos fue san Columbano, quien nació en Irlanda, en la provincia de Leinster, en el año 545, y murió en Bobbio, en el norte de Italia, el 23 de noviembre de 615.

Lugares de Peregrinación de San Columbano

Columbano partió sin rumbo del monasterio de Bangor en el norte de Irlanda, con doce compañeros, para transformarse en peregrino por Cristo. No tenía claro por dónde iba, solo quería iniciar una peregrinación por y con Cristo. Partieron desde las costas del este de Irlanda, en una pequeña embarcación de cuero.

El viento los llevó primero a las costas del sudoeste de Inglaterra y luego a las de Francia. Después de navegar por los ríos y de caminar por montañas y valles, llegaron a los lugares donde habrían de fundar tres monasterios: Luxeuil, Fontaine y Annegray, que llegaron a tener más de mil doscientos monjes. Eran lugares que tenían buen acceso al agua pura, al bosque y las tierras fértiles. Se integraron en la cultura, crearon lazos de amistad con toda la gente y vivieron de los frutos del campo y de los peces de los ríos.

Después de unos años, Columbano cayó en desgracia ante el rey por haberlo confrontado por su conducta inmoral. Fue expulsado del territorio y llevado a la costa occidental de Francia para que se embarcara en un viaje de regreso a Irlanda, pero el rey no logró su propósito. Columbano, con la ayuda de Dios, regresó a Francia por otro camino, navegando esta vez por el Rin hasta cruzar el lago Constanza, donde se instaló en Arbon, cerca de la moderna ciudad de St. Gallen. Cuando la partida de Columbano fue inminente, Gall cayó enfermo de una fiebre. Se lanzó a los pies del abad, y le dijo que no era capaz de hacer el viaje. Columbano experimentó un gran dolor ante esta separación y le impuso a Gall la penitencia de que no celebrara la Santa Misa mientras él viviera. Columbano se puso en camino, cruzó los Alpes hasta llegar a Bobbio, al sur de Milán. Allí fundó un monasterio, donde permaneció hasta su muerte.



Los doce compañeros que partieron de Bangor con Columbano no eran los mismos que llegaron a Bobbio. Se fueron quedando en el camino, y cada uno de ellos emprendió su propia peregrinación y enfrentó diversas situaciones, culturas y experiencias de fe. Los unía la espiritualidad que habían aprendido en Bangor. Si bien cada monasterio tenía su propia regla, existía una gran comunión entre ellos por medio de la Eucaristía, de la comunión con el papa, el rezo de los salmos y su condición de peregrinos por Cristo.

Desde los comienzos de la evangelización, hombres y mujeres se han embarcado para emprender el viaje como peregrinos por Cristo. Desde que el Evangelio llegó a Chile en el siglo XVI, han surgido muchos lugares de peregrinación. Cada uno de ellos tiene su historia como lugar de encuentro con Dios por medio de la Madre de Jesús o de un santo patrono.

Sobre estas huellas misioneras, la Sociedad de los Padres de San Columbano, se fundó en la época moderna. En el contexto de las misiones del siglo XX, salieron hacia distintas tierras y, en 1952, llegaron a Chile para acompañar a la Iglesia y al pueblo en su peregrinación.

Hemos colocado en el mapa de Chile algunos centros de peregrinación: La Tirana, Andacollo, Yumbel, Lo Vásquez, Santa Teresa de los Andes, Santa Rosa de Pelequén, el Niño Jesús de las Palmas.

¿Conocen otras?, ¿cuáles?

[Se invita a los participantes a que anoten en su cuadernillo guía.
Se recorren los murales que están en ambas paredes.]

Se cruzan Fronteras

«Jesús dijo a sus discípulos: *pasemos a la otra orilla del lago.*» (Mc 4,35)

¿Qué ven?...

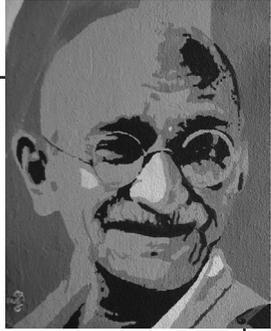
Hay diversidad de lenguas y en todas ellas se nos da la bienvenida. Es el modo de reconocer que somos parte de un mundo más grande. Es una invitación a abrir el corazón para encontrarnos con la diversidad de culturas e idiomas.

Además de la mirada intercultural que tiene toda misión, nuestro peregrinar tiene un contexto, vamos tras los pasos de mucha gente. Aquí vemos los rostros de hombres y mujeres que se han comprometido en la construcción de una vida digna, justa y equitativa para toda la humanidad. ¿Reconocen a algunos?

Estas personas se animaron a cruzar fronteras, pasaron a la «otra orilla del lago», como invitó Jesús.

Vayamos a conocerlos:

Los luchadores por la paz y la justicia: Mahatma Ghandi, Martin Luther King, Clotario Blest, Wangari Muta Maathai, Dorothy Stang, Pablo VI.

***Mahatma Gandhi***

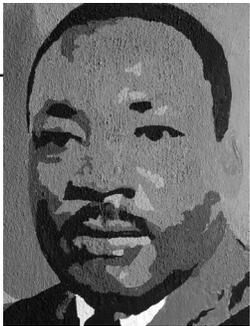
Nació en Porbandar, actual estado de Gujarat, el 2 de octubre de 1869. A la edad de 13 años, Gandhi se casó con Kasturba, una niña de su misma edad; el casamiento fue arreglado por sus padres: tuvieron cuatro hijos. Gandhi estudió Derecho en el University College de Londres.

Regresó a la India en 1891 y buscó trabajo en Bombay como abogado, sin éxito. En 1893, fue contratado por una firma india como asesor legal para sus oficinas de Durban. Al llegar a India reparó en que a los indios se los trataba como seres inferiores que apenas tenían derechos.

Luchó durante toda su existencia para afirmar un ideal de no violencia activa y de amor basado en la verdad, justicia y libertad. Decía «La no violencia, el amor, es la luz en la cual se me ha aparecido la verdad, y la independencia no es más que parte de esta verdad».

Más que un político, Gandhi fue un hombre religioso, pese a que la religión no se identificaba para él con este o aquel credo, sino que con la búsqueda de la perfección interior, y por eso, decía: «La religión debería impregnar todos nuestros actos». Para él, la fe en un orden moral es, esencialmente, lo que gobierna el universo. «Trasciende al hinduismo, al islamismo y al cristianismo. No los sustituye, pero los armoniza y les da un contenido de verdad». Enseñó que el deber de la sinceridad, la lealtad, el amor y el respeto hacia el ser humano son variables que están antes de cualquier otro valor y por encima de él.

Mahatma Gandhi se convirtió en uno de los más respetados guías espirituales y políticos del siglo XX. Ayudó a la liberación de la India del imperio colonial inglés, mediante la resistencia pacífica y la no violencia activa. Su gente lo honra como el Padre de la nación india. Fueron los indios quienes lo llamaron Mahatma Gandhi, que significa 'alma grande'. Fue asesinado el 30 de enero de 1948.

***Martin Luther King***

Nació en Atlanta, Georgia. Pastor bautista estadounidense, defensor de los derechos civiles, hijo de un ministro bautista. Estudió Teología en la Universidad de Boston. Desde joven tomó conciencia de la situación de segregación social y racial que vivían los negros en su país, y en especial, en los estados sureños.

En 1954, convertido ya en pastor bautista, se hizo cargo de una iglesia en la ciudad de Montgomery, Alabama. Muy pronto dio muestras de carisma y de una firme resolución de luchar por la defensa de los derechos civiles con métodos pacíficos, inspirándose en la figura de Mahatma Gandhi y en la teoría de la desobediencia civil de Henry David Thoreau. A poco de llegar a Montgomery, organizó y dirigió un masivo boicot de casi un año contra la segregación en los autobuses municipales.

En su calidad de presidente del Consejo Directivo de la Asociación de Cristianos del Sur, se negó a emplear la

violencia para lograr esos objetivos, y abogó por una resistencia pasiva. Esta actitud le valió el Premio Nobel de la Paz en 1964.

En marzo de 1965, encabezó una manifestación de miles de defensores de los derechos civiles, quienes recorrieron casi un centenar de kilómetros, desde Selma –donde se habían producido actos de violencia racial– hasta Montgomery. Logró que en los estados sureños se abolieran algunas leyes que discriminaban a la población negra. A pesar de su intensa lucha, no consiguió la igualdad. En 1968, fue asesinado en Memphis.

Nació en Santiago el 17 de noviembre de 1899; hijo de Ricardo Blest Ugarte y Leopoldina Riffo Bustos. Estudió en el Seminario de Santiago, de donde fue expulsado en 1919, por encabezar una protesta estudiantil contra las autoridades de ese establecimiento. En 1922, ingresó en la administración pública (Tesorería de la República), donde desempeñó una modesta función. En 1921, se había integrado en los grupos cristianos más revolucionarios, y formó el grupo El Surco, que tenía por finalidad organizar a los trabajadores.



Clotario Blest

Mientras trabajaba, estudió Leyes y Filosofía en la Universidad Católica, y Química en la Universidad Popular de Quinta Normal. En 1953, alcanzó uno de sus mayores logros: la estructuración de la Central Única de Trabajadores (CUT), que logró agrupar a todos los asalariados, tanto empleados como obreros. Por espacio de ocho años, fue elegido conductor indiscutible de la CUT. La gran fuerza que adquirió la CUT llevó a que los gobiernos encarcelaran y relegaran al sindicalista por largos períodos.

En 1970, creó el Comité de Defensa de los Derechos Humanos (CODEH), con el fin de denunciar los atentados y crear conciencia en la opinión pública, por medio de la acción no violenta, acerca de la represión desatada contra los ciudadanos. En 1927 Clotario Blest presidió la Unión de Centros de la Juventud Católica para organizar a la juventud obrera en Santiago y regiones. Allí conoció a Teresa Ossandón Guzmán, quien se convirtió en su primera y única novia, pues ambos acordaron separarse para servir a Cristo. Ella ingresó al Convento Carmelitas Descalzas, donde murió en 1988, y él continuó su lucha por la justicia social, siéndole fiel hasta su muerte.

Producido el golpe militar, pasa a ser el símbolo antidictatorial de esos años, cuando participa en acciones no violentas, en tribunales, cárceles, calles. Siempre vestido con su tradicional mameluco azul, jamás abandonó la lucha que fue la razón de su existencia. Siempre estuvo abriendo caminos de fraternidad, de paz, de unidad entre los seres humanos. Su figura de recia estampa moral guía a la juventud y al mundo sindical. Solo una grave enfermedad, a los 90 años, logra doblegarlo, en mayo de 1990, a dos meses de recuperada la democracia. Murió en el convento franciscano, donde había adoptado el cordón franciscano, amarrado sobre su emblemático mameluco.



Wangari Muta Maathai

Esta activista política y ecologista nació en 1940, en Nyieri, Kenia. Es una luchadora social incansable, mujer negra y africana, intelectual y activista por los derechos humanos, quien declaró en una conferencia de prensa que el virus VIH, que provoca el SIDA, fue producto de la ingeniería genética y que fue liberado en África como un arma de destrucción masiva para «castigar a los negros».

Después de terminar el colegio, Wangari estudió Biología en Estados Unidos y en Alemania. En 1966, obtuvo el título de Máster en Ciencias Biológicas de la Universidad de Pittsburg. Volvió a Kenia, a la Universidad de Nairobi, donde recibió el primer título de doctor otorgado a una mujer en África oriental. En 1971, fue nombrada la primera decana de la Universidad de Nairobi.

Wangari militó en el Concejo Nacional de Mujeres de Kenia (1976-1987). En 1977, fundó el movimiento del Cinturón Verde, el principal y más exitoso proyecto de reforestación en África, con más de treinta millones de árboles plantados en todo el país.

El 10 de diciembre de 2004, Día Internacional de los Derechos Humanos, le fue otorgado el Premio Nobel de la Paz, por su contribución al desarrollo sustentable, a la democracia y a la paz.



Dorothy Stang

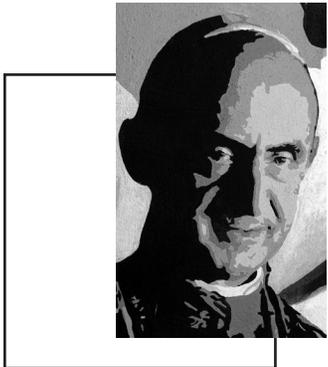
Religiosa estadounidense nacionalizada brasileña. Nació en 1931, en Dayton, Ohio, E.U.A. Llegó a Brasil en 1966, y se estableció en Anapú, una pequeña localidad del estado de Pará, en el norte de Brasil, como misionera en la Amazonía, donde defendió las causas ambientales y de los trabajadores sin tierra. Fundó veintidós escuelas y un centro de formación de profesores. Con el tiempo, fue pasando de promotora de educación a defensora del Amazonas y de la reforma agraria. Era una mujer alegre, apasionada por su trabajo, contagiaba con su compromiso a los que trabajaban cerca de ella. Su mayor ambición era el proyecto de desarrollo sustentable La Esperanza, que aboga por repartir 130.000 hectáreas de tierra entre 600 familias campesinas. En 2004, se registraron diez denuncias ante la justicia del estado de Pará, por amenazas de muerte en su contra. Sin embargo, el Gobierno de Pará no tomó ninguna medida para garantizar la seguridad de la religiosa. Ella decía: «Debemos luchar por aquello que creemos, independientemente del precio que tengamos que pagar. Sea cual sea, cómo sea y dónde sea. Dios estará siempre presente».

Esta región es uno de los lugares de Brasil donde se registra el mayor número de conflictos por causa de la tierra y por cuestiones ambientales. Además, en muchas haciendas todavía hay trabajadores en situación de esclavitud. Pará es considerado uno de los lugares más violentos del país. Por su compromiso con los más pobres, la Asamblea Legislativa del estado la declaró ciudadana ilustre de Pará. Recibió el Premio de Derechos Humanos, concedido por el Colegio de Abogados de Brasil.

El 12 de febrero de 2005, Dorothy fue asesinada de seis balazos a quemarropa, cuando se dirigía a una reunión del proyecto de desarrollo sustentable «La Esperanza», uno de sus sueños.

En 2008, Naciones Unidas le otorgó el premio de Derechos Humanos a título póstumo, que se otorga cada cinco años a aquellas personas que han desempeñado un papel destacado en la defensa de los derechos humanos.

Su sueño lo expresó así: «Llegará el día en que veremos la victoria, a la gente en las calles haciendo historia, niños sonriendo en todos los países».



Su Santidad Pablo VI

Nació el 26 de septiembre de 1896 en la localidad de Concesio, en la región nortea de Italia. Fue ordenado sacerdote en 1920. Durante más de treinta años sirvió en la curia romana cumpliendo altas responsabilidades, a la par que atendía a los jóvenes universitarios de la FUCI. Trabajó también en el cuerpo diplomático de la Santa Sede, pero su tarea pastoral y sus tendencias renovadoras lo alejaron de la curia vaticana, y fue nombrado arzobispo de Milán en 1954, cargo que desempeñó durante nueve años y allí se le conocía como «el arzobispo de los obreros».

Fue el primer cardenal nombrado por el papa Juan XXIII, con quien colaboró estrechamente en la organización del concilio Vaticano II. A la muerte del pontífice, le sucedió como tal y dio continuidad a la renovación emprendida en la Iglesia. Fue papa romano entre los años 1963 y 1978, tiempos esperanzadores y turbulentos. Fue papa para una modernidad compleja, cambiante y hasta imprevisible y contradictoria, tan amada y esperada en algunos sectores de la Iglesia y por otros, tan temida y criticada.

Fue el papa del Concilio Vaticano II y de toda su carga de renovación y de reforma, del diálogo, el hombre, siempre atento a los signos de los tiempos y a los problemas e inquietudes que vivía la sociedad.

En 1965, pronunció un importante discurso ante la Asamblea General de la ONU, hechos que constituyeron los primeros hitos de una serie de viajes pastorales en el marco de una amplia política ecuménica y de acercamiento a los problemas del mundo.

Fue el papa evangelizador, consciente de la necesidad de recorrer todos los caminos del ser humano y de la Iglesia, consciente de la necesidad de hacerse presente en el mundo, y con él, toda la Iglesia en sus distintos areópagos. Fue un papa amado y también criticado. Al final de su pontificado, no obstante, dio muestras de ceder

a las presiones de los sectores más conservadores. En este sentido, fueron tomadas sus encíclicas *Sacerdotalis coelibatus* y *Humanae vitae*, que aparecieron como un retroceso frente a otras como *Ecclesiam suam*, *Populorum progressio*, *Evangelii nuntiandi*. Fue el papa que actuó en medio de bonanzas y de tempestades. Siempre supo estar atento al diálogo. Supo combinar renovación con fidelidad, aunque tantos lo hayan urgido a que pisara más el freno o bien, más el acelerador. Desde Jesucristo y en Jesucristo –In nomine Domini (en el nombre del Señor), como rezaba su lema episcopal y pontificio–, la Iglesia y el ser humano fueron sus dos grandes amores, sus dos pasiones: «Ruego al Señor –escribió a la víspera de su muerte– que haga de mi próxima muerte un don de amor a la Iglesia. Podría decir que la he amado siempre».

Los santos y santas: Alberto Hurtado, Teresa de Calcuta, Ceferino Namuncura, Laurita Vicuña, Teresa de los Andes, Rosa de Lima, Edith Stein, John Henry Newman, Juan XXIII, Edel Quinn y Mary Mackillop.



San Alberto Hurtado

El padre Alberto Hurtado Cruchaga nació el 22 de enero de 1901, en Viña del Mar. Estudió Derecho en la Universidad Católica, y el 12 de agosto de 1923, se recibió de abogado. Dos días después partió al noviciado de los jesuitas. Se ordenó sacerdote el 24 de agosto de 1933, en Bélgica. Enseguida obtuvo los grados de licenciado en Teología y Doctor en Pedagogía.

Tal como él mismo lo relata, una noche fría y lluviosa, se le acerca «un pobre hombre con una amigdalitis aguda, tiritando, en mangas de camisa, que no tenía dónde guarecerse». Su miseria lo estremeció. Pocos días después, el 16 de octubre, mientras daba un retiro para señoras, habló de la miseria que había en Santiago y de la necesidad de caridad:

«Cristo vaga por nuestras calles en la persona de tantos pobres, enfermos, desalojados de su mísero conventillo. Cristo, acurrucado bajo los puentes... ¡Cristo no tiene hogar! ¿No queremos dárselo nosotros, los que tenemos la dicha de tener hogar confortable, comida abundante...? “Lo que hagáis al más pequeño de mis hermanos, me lo hacéis a Mí”, ha dicho Jesús». Y así nace el Hogar de Cristo.

Entretanto continúa su labor formativa entre los jóvenes, y prosigue con la predicación de retiros. Recuerda a los estudiantes su responsabilidad social: «El deber social del universitario no es sino la traducción concreta a su vida de estudiante hoy y de futuro profesional, mañana, de las enseñanzas de Cristo», e invita a cada uno a «estudiar su carrera en función de los problemas sociales propios de su ambiente profesional».

El día 18 de agosto de 1952, a las cinco de la tarde, el padre Hurtado muere rodeado de sus hermanos de la comunidad jesuita. Pocos días antes de su muerte, dicta una carta, que podemos considerar una invitación: «A medida que aparezcan las necesidades y dolores de los pobres, busquen cómo ayudarlos como se ayudaría al Maestro. Al desearles a todos y a cada uno en particular este saludo, les confío en nombre de Dios, a los pobrecitos». Fue canonizado el 23 de octubre de 2005.



Beata Teresa de Calcuta

La madre Teresa nació en Albania, y su nombre original fue Agnes Gonxha Bojaxhiu. En 1948, adquirió la ciudadanía india. A los 18 años de edad, ingresó a la Orden de las Hermanas de Nuestra Señora de Loreto, en Irlanda. Recibió su formación religiosa en Dublín, Irlanda, y en Dardjiling, India.

En 1931, tomó el nombre de Teresa, de Santa Teresa de Lisieux. En 1937, hizo los votos religiosos y enseñó durante diez años en el Colegio Santa María –para hijas de familias indias acomodadas– en Calcuta, India. En 1946, precisamente el 10 de septiembre, tuvo una experiencia de iluminación al descubrir otra Calcuta. Vio la miseria extrema de tanta gente, niños botados en basurales y ancianos abandonados.

En 1948, el papa Pío XII le concedió el permiso para que dejara sus funciones como religiosa del Loreto y que empezara a compartir su vida en las calles de Calcuta con los más pobres, los enfermos y los hambrientos.

Con posterioridad, fundó la congregación de las Misioneras de la Caridad. Su trabajo inicial fue enseñar a leer a los niños pobres de la calle. En 1950, empezó a ayudar a las personas enfermas de lepra. En 1965, el papa Pablo VI puso a la congregación de Misioneras de la Caridad bajo el control del papado y autorizó a la madre Teresa a que expandiera la orden religiosa a otros países. Así, se abrieron centros para atender leprosos, ancianos, ciegos y personas que padecían de SIDA.

En 1979 recibió el Premio Nobel de la Paz. Murió el 5 de septiembre de 1997, a la edad de 87 años. Fue beatificada por Juan Pablo II el 19 de octubre de 2003 en la Plaza de San Pedro.

Nació el 26 de agosto de 1886, en la localidad de Chimpay, situada en pleno corazón del Valle Medio de Río Negro, Argentina. Fue hijo del cacique indígena Manuel Namuncurá –heredero de Calfucurá, el legendario jefe mapuche que resistió por muchos años a los blancos en su avanzada hacia las tierras del sur–, y de una cautiva chilena, Rosario Burgos.



Beato Ceferino Namuncura

A los 11 años, al ver cómo el pueblo mapuche va siendo arrinconado en la miseria, decide ir a Buenos Aires para estudiar como alumno del Colegio Salesiano Pío IX. Allí descubrió su vocación: quería ser sacerdote para llevar a la gente de su raza el mensaje del Evangelio.

La congregación Salesiana, a diferencia de lo que ocurría con otras corrientes dentro de la Iglesia en ese momento, no establecía un sistema de dominio del indígena por la fuerza, ni lo obligaba a realizar trabajos forzados. Ellos consideraban que la mejor y única forma de lograr la integración de los indígenas al «nuevo mundo» era mediante la educación. A estos colegios asistían los hijos, tanto de los blancos como de los indígenas. Los salesianos demostraban así, en la práctica, que consideraban a los indios como sus hermanos, que tanto unos como otros debían recibir el mismo trato. Ceferino fue la muestra. Entró a estudiar al colegio salesiano con la convicción de «hacer bien a mi raza», como solía decir.

En febrero de 1903, ingresó en el aspirantado salesiano del colegio San Francisco de Sales, de Viedma, Italia. Allí, su salud siguió resintiéndose, debido a que anteriormente había contraído la tuberculosis, contra la cual el pueblo mapuche no tenía defensas. Monseñor Cagliero decidió llevarlo a estudiar a Roma, creyendo que el cambio de clima lo beneficiaría. Una vez en Roma, lo recibió el papa Pío X, ante el cual pronunció un breve discurso. Su salud siguió deteriorándose, y finalmente, al año de encontrarse en Roma, falleció. Era el 11 de mayo de 1905 y todavía no había cumplido los diecinueve años. Se dice que el papa, entristecido, dijo: «Fue una bella esperanza para las misiones de la Patagonia, pero ahora será su protector más válido».

En Chimpay, su lugar de nacimiento, se conmemoran muy especialmente las fechas de su muerte y natalicio. Esta última, en particular, da lugar a toda una semana de festejos que culminan el domingo siguiente al 26 de agosto, con una tradicional procesión, que llega hasta el monumento a Ceferino. Fue beatificado por Benedicto XVI, el 11 de noviembre de 2007.



Beata Laurita Vicuña

Nació en Santiago, el 5 de abril de 1891, en una familia campesina. Después del fallecimiento de su padre en 1894, su madre, Mercedes Pino, emigró a Argentina, donde se empleó en una hacienda en Quilquihue.

Mercedes Pino educó a sus hijas en un colegio de las religiosas de María Auxiliadora, en Junín. La relación de concubinato de su madre con el dueño de la hacienda, Manuel Mora, hizo sufrir mucho a Laura. Profundamente religiosa, a los diez años ofreció su vida a Dios «para reparar las ofensas que recibes de los hombres, en especial de las personas de mi familia».

Durante una de sus vacaciones escolares, Laura sufrió dos violentos ataques por parte de don Manuel, quien buscaba doblegar su voluntad. Como no logró su objetivo, Manuel se negó a seguir costeando los estudios de las niñas. Sin embargo, el colegio solucionó el problema, permitiendo que Laura siguiera estudiando gratis. A pesar de esto, Laura pensaba que la situación de su madre no había mejorado, y sentía que no había hecho nada por ayudarla, por lo que decía: «Si el buen Pastor da la vida por sus ovejas, ¿quién me impedirá dar la vida por mi madre?». Laura Vicuña contrajo una grave enfermedad que soportó en forma estoica. El 22 de enero de 1904, a los trece años, murió Laura Vicuña Pino, quien entregó su vida para la conversión de su madre.

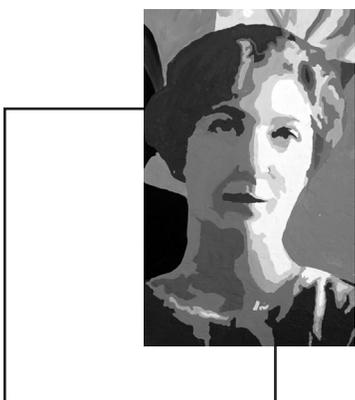
En 1988, fue beatificada por el papa Juan Pablo II, quien señaló en su homilía: «La beata Laura Vicuña, gloria purísima de Argentina y Chile, despierta un renovado compromiso espiritual en estas dos nobles naciones». Una de sus frases nos muestra el verdadero camino de santidad: «Nunca desprecies a los pobres, ni mires a nadie con indiferencia».

Juanita Fernández Solar nació en Santiago de Chile, el 13 de julio de 1900, en el seno de una familia acomodada y muy cristiana. Sus padres fueron Miguel Fernández y Lucía Solar. Hizo sus estudios en el colegio del Sagrado Corazón.

Profundamente afectiva, se creía incapaz de vivir separada de los suyos. Sin embargo, asumió en forma generosa la prueba de estudiar en régimen de internado los tres últimos cursos, como entrenamiento para la separación definitiva, que consumaría el 7 de mayo de 1919, al ingresar en las Carmelitas Descalzas de los Andes. A los catorce años, el Señor la llamó y le dio la vocación por el Carmelo. Dentro de su preparación está la lectura de santos carmelitas y la correspondencia con la priora de los Andes. A los diecisiete años expone su ideal carmelita de «sufrir y orar», y con ardor, defiende su vida contemplativa. Como carmelita se llamó Teresa de Jesús, si bien no alcanzó a vivir ni un año en el convento.

Murió el 12 de abril de 1920. Las religiosas aseguraron que había entrado ya santa. Estaba siempre dispuesta a servir y a sacrificarse por los demás con alegría. Fue beatificada por Juan Pablo II en Santiago de Chile el 3 de abril de 1987, y canonizada por el mismo Sumo Pontífice en Roma el 21 de marzo de 1993.

Francisca Solar, sobrina bisnieta de Teresita de los Andes, escribe: «Juanita no es especial porque su fe era grande, por su postura mártir o porque se volvió loca de amor, sino porque tuvo la suerte de saber desde pequeña qué quería para su vida y no dejó que nada ni nadie la apartara de su sueño».



Santa Teresa de los Andes



Santa Rosa de Lima

Nació el 30 de abril de 1586, en la vecindad del hospital del Espíritu Santo, en la ciudad de Lima, entonces capital del virreinato del Perú. Su nombre original fue Isabel Flores de Oliva. En compañía de sus trece hermanos, Rosa se trasladó al pueblo serrano de Quives, en la cuenca del Chillón, cuando su padre asumió el empleo de administrador de un obraje donde se refinaba mineral de plata. Probablemente, la visión cotidiana de los sufrimientos que padecían los trabajadores indios puede ser lo que impulsó a Rosa a preocuparse por remediar las enfermedades y miserias de los seres humanos.

Hacia 1615, labró una pequeña celda o ermita en el jardín de la casa de sus padres. Allí, en un espacio de poco más de dos metros cuadrados se recogía con fruición a orar y a hacer penitencia. Santa Rosa fue laica, y no monja de clausura, como a veces se cree. Vivió en casa de sus padres como terciaria dominica.

Dedicaba la mitad de las horas del día al trabajo manual, a tejer, bordar y cultivar flores en su jardín, para aliviar en algo los gastos de la familia. Además auxiliaba a los pobres y más necesitados de Lima, acondicionando como enfermería una habitación de su hogar. Ya en vida tuvo fama de santidad, debido a esta incansable labor para con los menesterosos y olvidados de Lima. Esto explica que a su muerte fuera aclamada y llorada por toda la ciudad como «nuestra santa, la Madre de los pobres de Lima».

El proceso que llevó a la beatificación y canonización de Rosa empezó casi de inmediato. Tras un largo procedimiento, Clemente X la canonizó en 1671.



Santa Edith Stein

Nació el 12 de octubre de 1891, en la entonces ciudad alemana de Breslau. Fue la menor de los once hijos que tuvo el matrimonio. Sus padres, Sigfred y Auguste, eran judíos que se dedicaban al comercio.

Fue una distinguida estudiante de Fenomenología, en la Universidad de Gottiengen. Edmund Husserl la eligió como su asistente de cátedra. Hacia 1916, esto era un logro extraordinario para una mujer. Ella tenía una personalidad marcada fuertemente por su determinación, tenacidad, terquedad y seguridad en sí misma. Recibió el título de Licenciada en Filosofía de la Universidad de Friburgo. Siendo judía de nacimiento, abrazó la fe católica cuando ya era profesora universitaria y una reconocida filósofa.

Al ingresar en las Carmelitas Descalzas, tomó el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz. Durante la segunda guerra mundial, el 2 de agosto de 1942, al convento llegó la Gestapo. Junto con su hermana Rosa y con muchos otros judíos convertidos al cristianismo, Edith es llevada al campo de concentración de Westerbork. Al amanecer del 7 de agosto, salió hacia Auschwitz una expedición de 987 judíos. El 9 de agosto murió en las cámaras de gas de Auschwitz.

Edith Stein buscó ser testigo de la verdad al amar con pasión el trabajo intelectual que ejerció, acompañada en parte por su maestro Edmund Husserl. Sus aportes a la metafísica, a la antropología de la mujer, a la teoría de la persona humana, a la teoría del Estado y a las relaciones filosofía-cristianismo, son sumamente lúcidos y adelantados a su época. En ella es posible encontrar importantes intuiciones que ayudan a superar tanto el racionalismo como la desconfianza en la razón. Nos enseña que la vida cristiana no está separada de la vida intelectual, y que el quehacer intelectual realiza mejor su vocación cuando se deja provocar por el acontecimiento cristiano, porque la adhesión a la verdad y a Cristo, cuando se toman en serio, no pueden estar asociadas a la cómoda vida burguesa, sino que deben proyectarse en un compromiso real con las personas, en especial, con las más vulnerables y perseguidas. Un personalismo que no pase por un compromiso militante y solidario a favor de la dignidad humana y la justicia, se desfonda por falta de congruencia.

Para reflejar mejor su corazón, veamos lo que escribió a una amiga tras la muerte de su maestro Husserl: «No tengo preocupación alguna por mi querido maestro. He estado siempre muy lejos de pensar que la misericordia de Dios se redujese a las fronteras de la Iglesia visible. Dios es la verdad. Quien busca la verdad busca a Dios, sea o no consciente de ello». Este breve texto refleja una actitud de honrada simpatía por todo lo humano, por todas las búsquedas sinceras de la verdad, aun cuando estén llenas de fragilidad. Asimismo, muestra una confianza grande en la gracia que opera en todos de manera misteriosa pero real.

El 11 de octubre de 1998, fue canonizada por Juan Pablo II, quien le dio el título de «mártir de amor». En octubre de 1999, fue declarada copatrona de Europa.



**Beato cardenal
John Henry Newman**

Nació en Londres, el 21 de febrero de 1801, en una familia anglicana. En 1824, después de estudiar en Oxford, se convirtió en sacerdote de la Iglesia anglicana. Mientras acompañaba a los estudiantes universitarios, continuó sus estudios de Filosofía y Teología, que, en 1845, lo llevaron a convertirse al catolicismo.

El Colegio Urbano, que entonces tenía su sede en el palacio de Propaganda Fide en Roma, lo acogió entre sus seminaristas de todo el mundo. Newman fue ordenado sacerdote católico en la capilla del palacio, dedicada a los Reyes Magos, el 30 de mayo de 1847, fiesta de la Santísima Trinidad. Fascinado por la figura de san Felipe Neri, fundó en Inglaterra la congregación del Oratorio. Fue rector de la Universidad Católica de Dublín (1851-1857). En 1879, León XIII lo nombró cardenal.

Los últimos once años de la vida de Newman transcurrieron en relativa paz, con su comunidad en auge, su escuela, sus numerosas visitas, y su correspondencia, que consideraba una de sus principales tareas pastorales. Se conservan unas veinte mil cartas de las muchas que escribió.

Falleció el 11 de agosto de 1890 y fue sepultado en el cementerio que la comunidad del Oratorio de Birmingham posee en la pequeña localidad de Rednal. El epitafio de su tumba, ideado por él mismo, es seguramente la

frase que mejor describe su vida y trayectoria vital: Ex umbris et imaginibus in veritatem (desde las sombras e imágenes a la verdad).

Durante su vida, tuvo un gran compromiso con las preocupaciones de las personas, y eso quiere expresar el lema que escogió cuando fue cardenal: Cor ad cor loquitor (corazón que le habla al corazón). En sus escritos, pero más aún en sus sermones, sus cartas y diarios, se puede apreciar este interés en todo lo que concierne a la naturaleza profunda de la humanidad. Esto fue lo que le permitió relacionarse con la gente de su tiempo y es la razón por la que aún continúa relacionándose con las personas de otros tiempos lejanos al suyo, porque hay una constancia sobre la comprensión del corazón del ser humano y sus preocupaciones más hondas. Seguramente Newman fue un adelantado a su época, cuya brillantez despertó envidia y temores entre sus contemporáneos. Sus planteamientos teológicos, fermento del Concilio Vaticano II –que tuvo lugar más de medio siglo después de su muerte– o su inspirada oratoria y dialéctica, lo convierten en un modelo de lo que podría describirse como un humanista cristiano. Fue beatificado por Benedicto XVI, el 19 de septiembre de 2010.

Nació el 25 de noviembre de 1881, en Sotto il Monte, diócesis y provincia de Bérgamo, Italia. Ese mismo día fue bautizado, con el nombre de Ángelo Giuseppe Roncalli. Pronto ingresó en el seminario, donde profesó la regla de la orden franciscana seglar. Ordenado sacerdote, trabajó en su diócesis hasta que, en 1921, se puso al servicio de la Santa Sede.

En 1944, es nombrado nuncio en París, y en 1953, cardenal y patriarca de Venecia. El 9 de octubre de 1958 muere Pío XII, y el día 28, por la tarde, es elegido papa. El 25 de enero de 1959, anuncia la celebración de un sínodo para la diócesis de Roma, de un Concilio para la Iglesia universal y la reforma del Derecho Canónico.

En 1962, se inaugura el Concilio Vaticano II a fin de llevar a cabo la renovación de la vida religiosa católica gracias a la modernización (aggiornamento) de la enseñanza, la disciplina y la organización de la Iglesia, así como de alentar la unificación de los cristianos, extender el ecumenismo eclesiástico y posibilitar el acercamiento a otras creencias.

Este cambio de rumbo siguió dos ejes fundamentales: una actitud hacia los cristianos no católicos basada en el respeto y la tolerancia, y una posición independiente y sin alianzas en política internacional, sin participación en la férrea división en bloques de la época. Esta última cuestión encontró su fundamento político en la encíclica *Pacem in terris*, publicada el año 1963 y destinada a asentar la posición del Vaticano en cuestiones referentes a política internacional, exhortando a la cooperación internacional por la paz y la justicia, y al compromiso de la Iglesia de interesarse por los problemas de toda la humanidad.

Fue un pastor que visitó muchas parroquias de su diócesis de Roma, sobre todo las de los barrios nuevos, y a quien la gente vio como reflejo de la bondad de Dios, por eso lo llamó «el papa de la bondad» o «el papa bueno». Lo sostenía un profundo espíritu de oración. Su persona, iniciadora de una gran renovación en la Iglesia, irradiaba la paz propia de quien confía siempre en el Señor. Falleció el 3 de junio de 1963, un domingo de Pentecostés. Juan Pablo II lo beatificó en el año 2000 y estableció que su fiesta se celebre el 11 de octubre.



Beato papa Juan XXIII

Nació en Irlanda en el condado de Cork, el 14 de septiembre de 1907. Desde muy temprana edad, quiso entrar en un convento contemplativo de clarisas, pero la tuberculosis se lo impidió; luego de 18 meses de cuidados intensivos en un sanatorio, regresó a su casa.



Edel Quinn

A los 20 años ingresó en el movimiento laical de la Legión de María, y en poco tiempo se transformó en una líder. En 1936, la dirección general de la Legión de María pide a los responsables de Dublín que se envíe a Edel a la misión de África del este. A muchos legionarios de Dublín, la petición no les pareció adecuada, considerando su delicada salud, pero contó con el apoyo del fundador del movimiento, Frank Duff, quien reconoció las cualidades extraordinarias y el potencial de Edel, decía: «No puede mantenerse a un pájaro salvaje en una jaula. Ella debe tener su oportunidad. Edel va a hacer historia».

Y así salió de Irlanda el 24 de octubre de 1936. Cuando se despidió de sus amigos en el muelle de Tilbury, en Londres, les dijo: «No volveré». Ya en África, su salud se fue deteriorando en la medida en que la misión iba creciendo, como si se fueran confirmando las palabras de la promesa legionaria, dirigidas al Espíritu Santo: «Confío en que en este día quieras recibirme por tal y servirte de mí y convertir mi debilidad en fortaleza...».

En 1936 desembarcó en Mombasa. Nairobi, en Kenia, era el centro del trabajo de los legionarios de María. Desde allí, los laicos misioneros se desplazaban de a dos. Salían a las aldeas y laderas, enseñaban el catecismo a los niños y adultos, visitaban a enfermos y moribundos, y persuadían a los no cristianos a conversar con algún sacerdote. Viajó a través de las selvas y por carreteras desiertas; durmió en las puertas de los conventos para no despertar a las religiosas cuando llegaba de noche, y llevó la Buena Noticia de Jesús a lo que actualmente es Kenia, Uganda, Tanzania, Malawi, Zimbabwe, Sudáfrica, y la isla Mauricio en el océano Índico. Llevó felicidad dondequiera que pasara. Su energía era asombrosa. Había en ella un apremio, una convicción de que había tanto por hacer y tan poco tiempo para hacerlo. Luchó contra la malaria, la pulmonía, la disentería y el agotamiento. Pero su energía la encontraba, según ella, en la Eucaristía.

Sin embargo, un día de 1941, las monjas de un pequeño convento de Malawi la dejaron internada al ver su precario estado de salud. Cuentan que ellas creyeron que se moriría esa misma noche, pero Edel le dijo a una religiosa: «No se preocupe por mí, hermana, por favor. Nuestra Señora me ha dicho que tengo tres años más para trabajar por Ella». Edel se recuperó y regresó a la misión.

El 12 de mayo de 1943, a los 37 años, esta laica misionera que dejó tierra y familia para partir como peregrina por Cristo a tierras africanas, murió con las palabras «Jesús, Jesús» en sus labios.

Mary Mackillop, la primera santa de Australia, fue sierva de los pobres y analfabetos, y fundadora de las Hermanas de San José. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II en 1995 en Sydney, ciudad que alberga su santuario. Dejó un legado increíble en toda Oceanía con su generosidad y determinación para responder con la caridad de Cristo ante cualquier necesidad. El papa Benedicto XVI la canonizó en Roma el 17 de octubre de 2010.



Santa Mary Mackillop

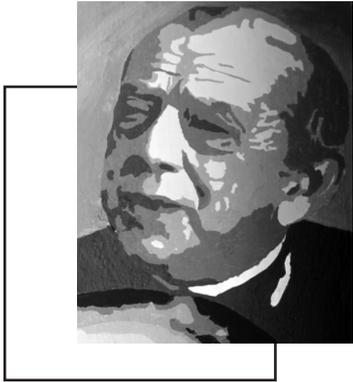
Mary Mackillop, conocida como la madre María de la Cruz, nació en Fitzroy, el 15 de enero de 1842. Su familia emigró de Escocia y, como hija mayor, asumió muchas responsabilidades del hogar.

Con el padre Julian Tennyson, compartió su deseo de servir a Dios, y su convicción –poco común en su época– de que todos los niños debían tener acceso a la educación católica. Trabajó al servicio de Cristo y de su Iglesia por toda Australia y Nueva Zelanda. Con el padre Julian, fundó la orden de las Hermanas de San José del Sagrado Corazón. Se dedicó a la educación de los niños, haciendo hincapié en el conocimiento y la práctica de la religión católica.

Durante toda su vida tuvo que soportar la oposición de gente de fuera de la Iglesia y también de algunos que estaban dentro, en especial, de clérigos que no compartían su método educativo, llegando a casi disolverse la comunidad religiosa que había fundado. En todo este proceso, no dejó de decirse: «Dios me da fortaleza para lo necesario». Y la verdad se impuso. En 1873 en Roma, Mary obtuvo la aprobación papal para su comunidad. Viajó mucho por Europa, visitando las escuelas para observar los métodos de enseñanza, y regresó a Adelaide el 4 de enero de 1875. En marzo fue elegida Superiora General de la Comunidad. Viajó por toda Australia, fundando escuelas, conventos e instituciones de caridad. En una visita a las comunidades de Nueva Zelanda, en 1901, sufrió un ataque y tuvo que regresar a Sydney, donde murió el 8 de agosto de 1909.

La madre Mary Mackillop es un icono para Australia y para todos los jóvenes. Años después, sus hermanas siguen viviendo bajo su lema: «Nunca dejes una necesidad sin haber hecho algo por remediarla»

Los pastores que se comprometieron en la construcción el Reino de Dios: Hélder Câmara, Fernando Ariztía, Enrique Alvear, Raúl Silva Henríquez y Oscar Romero.



Monseñor Hélder Câmara

Nació en Fortaleza en 1909 y murió en Recife en 1999. En 1923, ingresó en el seminario, y fue ordenado sacerdote en 1931. En 1936, fue trasladado a Río de Janeiro, donde lo conmovieron las condiciones de vida de los habitantes de las favelas (barrios marginales de Brasil). En 1952, fue nombrado obispo auxiliar de Río y su contribución fue decisiva para fundar la Conferencia Nacional de Obispos Brasileños, en estrecha colaboración con monseñor Giovanni Montini, futuro papa Pablo VI, por entonces Secretario de Estado del Vaticano. En su calidad de secretario general de dicho organismo, impulsó la creación de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM).

Se lo ha llamado ‘Obispo de los pobres’, ‘Voz de los sin voz’, ‘Abogado del Tercer Mundo’, ‘Profeta de la Iglesia de los pobres’, ‘Apóstol de la no violencia activa’, ‘Obispo rojo’; de innumerables maneras se conoce al obispo de la Iglesia católica. «¡Dom Helder, hermano de los pobres y hermano mío!». Así saludó el papa Juan Pablo II al arzobispo local, un día de 1980, al descender del avión en el aeropuerto de Recife. Y a aquellas palabras añadió el gesto de estrecharlo largamente contra su pecho.

Dom Helder es para la Iglesia de América Latina lo que Paulo Freire representa para la educación y los movimientos sociales. Sin la «pedagogía del oprimido» no habría habido MST (Movimiento de los Sin Tierra), ni CUT (Central Única de los Trabajadores), ni CNT (Confederación Nacional del Trabajo), ni PT (Partido de los Trabajadores). Sin «Dom» Helder, tal vez no existirían comunidades eclesiales de base ni pastoral social, ni campaña de fraternidad ni grito de los excluidos, ni la CNBB (Conferencia Nacional de Obispos de Brasil) ni el CELAM (Conferencia Episcopal Latinoamericana).

Dom Helder es una encarnación viva de la lucha por la justicia, en el marco de la Iglesia que salió del Vaticano II, de Medellín, Puebla y Santo Domingo. Es la expresión viva de la «opción por los pobres». Su último sueño era llegar al «año 2000 sin miseria», lo que no consiguió realizar. Según el testimonio del sacerdote que lo asistió antes de morir, sus últimas palabras fueron: «Não deixem cair a profecia» (no dejen que se vaya perdiendo la profecía).

Nació en Santiago de Chile, en la familia de Hernán Ariztía Bascuñán y Amelia Ruiz, el 27 de mayo de 1925. Hizo sus estudios en el Seminario Pontificio de Santiago y en la Facultad de Teología de la Universidad Católica. Fue ordenado sacerdote en la catedral metropolitana de Santiago, el 22 de septiembre de 1951, por el cardenal José María Caro, arzobispo de Santiago.



Monseñor Fernando Ariztía

Comenzó su labor pastoral con la Juventud Obrera Católica (JOC). Fue asesor arquidiocesano y nacional, lo que marcó su vida para siempre. En enero de 1963, fue nombrado párroco de San Cayetano y en el mes de junio de 1964, párroco de Apóstol Santiago, ambas parroquias con población obrera. El 25 de mayo de 1967, fue elegido obispo auxiliar del cardenal Raúl Silva Henríquez. La consagración episcopal se realizó en la basílica de Lourdes, el 9 de julio de 1967. Su lema episcopal fue: «Para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10).

Le tocó vivir una época difícil, no solo por la aplicación de los grandes logros del Concilio Vaticano II, que se pusieron en marcha por medio del VIII Sínodo de Santiago, entre los años 1967 y 1968, sino también por los cambios políticos en el país, del año 1970 en adelante. En octubre de 1973, fue nombrado copresidente del Comité Pro Paz, organismo ecuménico creado para dar protección y acogida a los perseguidos por el régimen militar. Fue nombrado obispo de Copiapó en 1976, cuando el obispo Carlos Camus fue elegido obispo de la diócesis de Linares. En 1979, le tocó participar en la III Conferencia General del CELAM, en Puebla, México.

El fallecimiento de monseñor Ariztía, el 25 de noviembre de 2003, provocó tal impacto, que el propio Presidente de la República, Ricardo Lagos Escobar, varios ministros de Estado y el Comandante en Jefe del Ejército de la época, cambiaron sus agendas y asistieron a su funeral en Copiapó. Más de cinco mil personas repletaron las calles de la capital regional para despedir al pastor de los pobres y al que alzó la voz por todos los chilenos cuando muchos no tenían voz.



Monseñor Enrique Alvear

El «obispo de los pobres». Nació en 1916, en Cauquenes. Fue el octavo de los once hijos de don Clorindo Alvear Zurita y doña Teodorinda Urrutia Pérez. Creció en el seno de una familia culta y de un cristianismo tradicional, por lo que su formación estuvo basada en el respeto y la reflexión. Estudió en el colegio Instituto de Humanidades Luis Campino, y luego siguió la carrera de Leyes en la Universidad Católica de Chile. En 1941, fue ordenado sacerdote y se desempeñó en el Seminario Menor de Santiago.

En 1961, el cardenal Raúl Silva Henríquez, recién nombrado arzobispo de Santiago, le pide a don Enrique que sea uno de sus vicarios generales, con el especial encargo de preocuparse de los sectores populares, urbanos y rurales de la arquidiócesis. A comienzos de 1963, lo nombra director de la Misión General, que fue un acontecimiento que repercutió profundamente en el modo de hacer pastoral en la Iglesia.

El 21 de abril de 1963, es consagrado obispo. «Cristo me ha enviado a evangelizar a los pobres», fue el lema episcopal elegido por don Enrique, y el contenido de la breve homilía que pronunció el día de su consagración en

la basílica de Lourdes. Eligió este templo, porque estaba situado en la periferia de Santiago, en un barrio obrero, y como alternativa a su petición inicial de ser consagrado en un gimnasio techado, que no fue aceptada. Asume como auxiliar del obispo Manuel Larraín en la diócesis de Talca.

Eran tiempos marcados por la palabra 'revolución', y la inquietud de don Enrique era reconocer en estos procesos de cambio el paso de Dios y aportarles la levadura del Evangelio. El año 1974, ya en Santiago, fue auxiliar de monseñor Raúl Silva Henríquez. Entre sus labores en la Iglesia, participó en el Concilio Vaticano II, en la Conferencia Episcopal y en CELAM, así como en organismos laicos de acción social.

Toda su vida episcopal estuvo marcada por un estilo de vida sencillo y cercano a la gente. Vivió en la calle San Pablo, junto con los sacerdotes de la parroquia San Luis Beltrán, donde compartió la vida del pueblo desde la perspectiva de los pobres. Fue un hombre de oración profunda y dócil al Espíritu que sopla como quiere y donde quiere. Sus prédicas eran inspiradoras y animaban al protagonismo laical en la construcción de una sociedad chilena más justa y solidaria.

En abril de 1982, se enfermó gravemente. Falleció el día 29 de abril y su féretro es llevado por los pobres de Santiago, en andas, desde la catedral hasta la basílica de Lourdes. Hoy sus restos reposan en la parroquia San Luis Beltrán, de la comuna de Pudahuel, Santiago.



Monseñor Óscar Romero

Este arzobispo salvadoreño nació en el año 1915, en Ciudad Barrios. Fue hijo de Santos Romero y Guadalupe Galdámez. Se ordenó sacerdote en Roma, en el año 1942. Inició su carrera eclesiástica como párroco de gran actividad pastoral, aunque opuesto a las nuevas disposiciones del Concilio Vaticano II. En 1970, fue nombrado obispo auxiliar de San Salvador, y en 1974, obispo de Santiago de María. Sabemos que una de las principales razones por las que el padre Óscar Romero fue nombrado arzobispo de San Salvador, fue su afinidad con la doctrina más conservadora de la Iglesia católica, es decir, aquella que creía en mantener el statu quo en el aspecto social, político y militar en El Salvador. Romero no era un pastor controvertido, que se metía en cuestiones sociales ni mucho menos políticas. Antes de su nombramiento como arzobispo, asumió posiciones muy ambiguas, que hacían a la Iglesia «inmune» a los vaivenes de los conflictos sociales, culturales y políticos de aquel tiempo. Sin embargo, en 1977, cuando Romero tenía ya 60 años, fue asesinado su amigo, el sacerdote Rutilio Grande. Este asesinato hace que Romero dé un giro de 180 grados, del cual no dará marcha atrás. De un líder acomodado a la situación del país, pasa a ser el profeta que denuncia y re-crea completamente la historia de la Iglesia salvadoreña. Decía: «Si denuncio y condeno la injusticia es porque es mi obligación como pastor de un pueblo oprimido y humillado...». Y agregaba: «El Evangelio me impulsa a hacerlo y en su nombre estoy dispuesto a ir a los tribunales, a la cárcel y a la muerte».

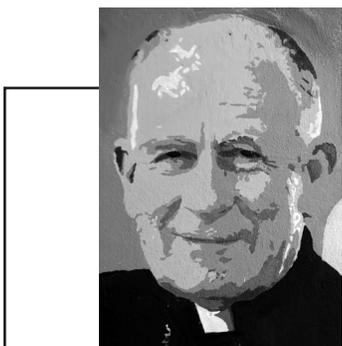
Con Romero surge una Iglesia entregada a la justicia social, a la defensa de los derechos humanos, a la paz y la igualdad desde la perspectiva del más necesitado. Promovió la creación de un comité permanente para velar por

la situación de los derechos humanos. Nos recordó constantemente que «los pobres le han enseñado a la Iglesia el camino verdadero. Una Iglesia que no se une a los pobres para hablar en contra de las injusticias que se cometen contra ellos, no es la verdadera Iglesia de Jesucristo».

El 17 de febrero de 1980, escribió una larga carta al presidente estadounidense Jimmy Carter, pidiéndole que cancelara toda ayuda militar al ejército salvadoreño, pues fortalecía un poder opresor. El 23 de marzo, Domingo de Ramos, pronunció en la catedral una valiente homilía dirigida al ejército y la policía:

«Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles: hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre debe prevalecer la ley de Dios que dice "No matar". Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van a teñirse con tanta sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: Cese la represión».

Al día siguiente, hacia las seis y media de la tarde, durante la celebración de una misa en la capilla del Hospital de la Divina Providencia, fue asesinado por un francotirador mientras celebraba la Eucaristía.



Cardenal Raúl Silva Henríquez

El cardenal Raúl Silva Henríquez nació el 27 de septiembre de 1907 en la ciudad de Talca. Se recibió de abogado en diciembre de 1929. En enero de 1930, ingresó en el noviciado de la congregación Salesiana en Macul, Santiago. Fue ordenado sacerdote el 4 de julio de 1938 por el cardenal Maurilio Fossatti, arzobispo de Turín.

Volvió a Chile a fines de 1938 y pasó a desempeñar las cátedras de Derecho Canónico, Teología Moral e Historia Eclesiástica en el Teologado Salesiano de Santiago. El 25 de mayo de 1961, fue nombrado arzobispo de Santiago y en febrero de 1962, el papa Juan XXIII lo nombró cardenal. Su lema episcopal fue Caritas Christi urget nos (la Caridad de Cristo nos urge).

En su calidad de arzobispo de Santiago, tuvo una activa participación en el Concilio Ecuménico Vaticano II. Fue un pastor que impulsó la renovación de la Iglesia de Santiago a través de la Misión General en 1963 y del plan pastoral de 1968. Como respuesta a las diversas necesidades pastorales, creó las vicarías zonales y ambientales.

Don Raúl fue profeta de nuestros tiempos, no se dejó callar frente de las injusticias, mostró coraje y valentía frente a la dictadura militar. En su homilía con ocasión del asesinato de Óscar Romero, dijo:

«Ante este espectáculo, ante esta realidad, los pastores de toda América hacemos un examen de conciencia y nos

preguntamos si es lícito callar ante las circunstancias en que vivimos, y nos preguntamos si habrá alguien que nos intimide, y nos preguntamos si la violencia, el odio y la muerte serán capaces de apagar la justicia, la caridad y la libertad. Los obispos de esta tierra, los fieles y los hombres cristianos de verdad de estas tierras, debemos afirmar, una vez más, que nadie nos podrá separar de la caridad de Cristo, el Señor: esa caridad y ese amor a nuestro hermano desvalido y sufriente de esta América que lleva el signo de Cristo en su frente, pero que también lleva la traza del pecado en su corazón. Nadie, con la gracia del Señor que nos señala el camino que nos lleva a la muerte en servicio de nuestros hermanos, nadie hará callar a esta Iglesia que, como la voz de Dios, vendrá a clamar por el desvalido, por el oprimido, por el que no tiene o no recibe justicia».

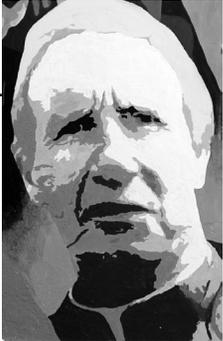
Don Raúl era un hombre apasionado por la paz. En su homilía del Te Deum del 18 de septiembre de 1978, dijo: «Todo el esfuerzo de la Iglesia en estos últimos años, su constancia en evangelizar la verdad, la justicia y la libertad, su perseverancia en defender los derechos consustanciales al hombre, su firmeza en denunciar los errores que presumen ignorarlos o las violaciones que pretenden suprimirlos, nace de su pasión por la paz y de su anhelo de que ella se construya, en nuestra patria, sobre fundamentos sólidos e inamovibles».

Don Raúl defendió los derechos de los pobres; muchas veces en sus homilías lloró con indignación ante la miseria de muchos compatriotas, elevó su plegaria a Dios por la Patria que él tanto quería. Durante el último Te Deum que presidió, el 18 de septiembre de 1982, oró diciendo:

«Tenemos mucho que pedirle a Dios. Queremos pedirle, como lo manda la Escritura, por todos los depositarios de la autoridad, tanto civil como religiosa; que el Espíritu de Dios los colme de sabiduría, prudencia, justicia y misericordia, en su indispensable misión de construir la unidad y la paz. Queremos elevar nuestra oración al cielo, pidiendo el don de la reconciliación fraterna, del perdón recíproco, de la apertura confiada de unos a otros. Que este encuentro común en la casa de Dios sea signo de nuestra voluntad de encontrarnos y reconocernos como hermanos, más allá de nuestras discrepancias, en la fuerza de nuestra fe en el Dios que es Padre de todos. Queremos pedir lo mismo que nos atrevemos a prometer: «Construir en Chile la civilización del amor. Porque solo el amor construye una civilización. Queremos profesar que creemos en el amor como la fuerza más poderosa del universo. Más poderosa, por cierto, que el odio, que el miedo, que la violencia. Porque creemos en Dios Padre Todopoderoso. Y Dios es Amor».

El 10 de junio de 1983, al cumplir 75 años, dejó la arquidiócesis de Santiago. Murió el 9 de abril de 1999. La memoria de don Raúl está viva en el pueblo chileno; se encuentra a diario en la moneda de quinientos pesos que lleva su imagen, y en el corazón de muchos chilenos que están agradecidos por haber sido escuchados, defendidos, apoyados y acompañados, en un momento difícil de nuestra historia.

Padres Columbanos y Hermanas Columbanas: John Blowick, Edward Galvin, Timoteo Leonard y Joan Sawyer.



**John Blowick,
Edward Galvin
Fundadores de la
Sociedad Misionera de
San Columbano**

Circunstancias misteriosas y providenciales llevaron a que los padres Eduardo Galvin y John Blowick dieran comienzo a la Sociedad Misionera de los Padres Columbanos.

En los primeros años de la década de 1920, el padre Eduardo Galvin dio el siguiente consejo a los primeros sacerdotes y hermanas columbanos de China: «No estáis aquí para convertir al pueblo chino; estáis aquí para que Dios pueda hacer uso de vosotros».

Eduardo Galvin nació el 23 de noviembre de 1882, el día de san Columbano, en un pueblo llamado Newcestown en el condado de Cork, en el sur de Irlanda. Se educó en el seminario menor de Farranferris, cerca de su pueblo natal. Desde muy joven, Eduardo Galvin consideró seriamente el hacerse sacerdote y misionero, pero en consideración a los temores de sus padres por la vida misionera, ingresó en el seminario de Maynooth en el condado de Kildare, a unos cincuenta kilómetros de la ciudad de Dublín, donde se formaba a los jóvenes para las diócesis del mismo país. El 20 de junio de 1909, fue ordenado sacerdote de la diócesis de Cork. Después de su ordenación, su obispo le aconsejó que fuera a Estados Unidos por tres años como misionero Fidei donum. Viajó a Nueva York y trabajó como vicario en la parroquia del Santo Rosario, en Brooklyn. Allí se encontró con el misionero canadiense, padre Juan Fraser, que en ese momento regresaba a China.

El joven sacerdote Eduardo Galvin le dijo al padre Fraser que por mucho tiempo él había tenido el sueño de ser misionero y que había leído cada libro que había en la biblioteca pública de Brooklyn que trataba de China. Si bien el padre Fraser desalentó el entusiasmo de Eduardo Galvin por China, finalmente le dijo: «Si quieres ir conmigo, tendrás que actuar con rapidez. Necesitas el permiso de tu obispo». El padre Galvin escribió inmediatamente a su obispo en Irlanda y algunas semanas después obtuvo el permiso. El 25 de febrero de 1912, iba con rumbo a China.

Trabajó en la provincia de Chekiang, y lo sorprendieron muchísimo la pobreza y la miseria que encontró allí. Y quedó aún más sorprendido ante la pobreza espiritual. Aquí había millones de personas amigables y trabajadoras que, por falta de misioneros, no sabían nada de Cristo. Pero, ¿qué podía hacer un sacerdote solo? La respuesta eran más misioneros, pero ¿quién iba a conseguirlos?

El padre Eduardo era muy bueno para escribir cartas, y envió muchas a sus amigos, contándoles de la realidad y escasez de sacerdotes, pidiéndoles ayuda. En 1916, se le unieron dos sacerdotes, los padres Patricio O'Reilly y José O'Leary. Pronto se dieron cuenta de que si pretendían lograr un efecto duradero, era necesario establecer una organización. Los dos recién llegados instaron al padre Galvin a que fuera a Irlanda y organizara un nuevo movimiento misionero. Él vaciló. Se propuso una novena de santas misas.

«Cuando se terminó la novena –escribió más tarde el obispo Galvin–, nos arrodillamos en mi cuarto, unos frente a otros. Abrí las páginas de nuestra Biblia y en la parte superior derecha leí el siguiente versículo: «Yo lo mando ¡ánimo, sé valiente! No te asustes, que el Señor tu Dios contigo estará en todas tus empresas» (Josué 1, 9). Eduardo Galvin rompió el tenso silencio, cuando dijo: «He recibido mis órdenes; iré».

Regresó a Irlanda en junio de 1916, y el 4 de septiembre del mismo año, se encontró por primera vez con John Blowick, un joven profesor de Teología Dogmática del Seminario Nacional de Maynooth. Un mes después, el 10 de octubre, obtuvieron el permiso de los obispos de Irlanda para establecer una casa de formación donde educar sacerdotes misioneros irlandeses para la China. Así comenzó la Misión Maynooth a China (Maynooth Mission to China), con un grupo de sacerdotes misioneros seculares, que hoy se conoce como la Sociedad Misionera de San Columbano.

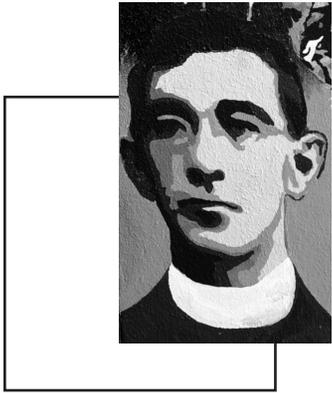
John Blowick nació el 26 de octubre de 1888, en el pueblo de Belcarragh, condado de Mayo, en el oeste de Irlanda. Hizo sus estudios de enseñanza media en el colegio de San Jarlath en el pueblo de Tuam, condado de Mayo, e ingresó al seminario nacional de Maynooth en 1906, donde fue ordenado sacerdote de la diócesis de Tuam en junio de 1913. Un año después, fue nombrado profesor de Teología Dogmática del mismo seminario, a los 26 años de edad. Como seminarista quedó muy impresionado por una charla que dio el padre Juan Fraser sobre las condiciones en China y la urgencia de la tarea evangelizadora. Dicha charla lo marcó profundamente, y desde entonces abrigó en su corazón un gran anhelo de ser misionero. Después de su encuentro con Eduardo Galvin, el 4 de septiembre de 1916, renunció a su cargo de profesor para fundar, junto con Galvin, la nueva Misión de Maynooth a China.

En 1918, se abrió el primer seminario de Dalgan Park, en el pueblo de Schrule, condado de Galway, en el oeste de Irlanda. Con Blowick a la cabeza, se hizo hincapié en una buena formación académica y personal basada en la honorabilidad, hospitalidad y la necesidad urgente de una misión. En 1919, Blowick encabezó la primera Asamblea General de la nueva iniciativa misionera y fue elegido su primer Superior General, una responsabilidad que cumplió hasta 1924. En 1920, Blowick acompañó a Galvin con el primer grupo de sacerdotes columbanos (de la Misión de Maynooth a China) a la provincia de Huph en China donde asumieron el compromiso pastoral por el territorio de misión de Hanyang.

Galvin asumió el compromiso pastoral por Hanyang, y fue nombrado obispo en 1927; Blowick fundó las Hermanas de San Columbano en 1922, y se dedicó a la enseñanza y a la administración, y ocupó cargos de responsabilidad en la nueva sociedad misionera. Al cumplir 70 años, visitó las misiones columbanas en distintas partes del mundo. Falleció en Dalgan, el 19 de junio de 1972.

Durante las décadas de 1920 y 1930, el trabajo de los padres columbanos se extendió a la provincia de Kiangsi. No obstante, la invasión de Hanyang por parte del ejército japonés y la ocupación japonesa en 1938, pusieron muchos obstáculos a Galvin y a los sacerdotes en su trabajo pastoral. Pero en 1949, todo el trabajo misionero se

detuvo cuando los comunistas llegaron al poder. Las condiciones se hicieron muy difíciles. En 1952, el obispo Galvin fue detenido y llevado a juicio. Se lo acusó de oponerse al establecimiento de una iglesia independiente en China; de crear grupos de la Legión de María; de desobedecer las órdenes del gobierno, y de la destrucción de propiedades. Fue condenado y expulsado de China. El diecisiete de septiembre 1952, soldados del ejército comunista lo llevaron a la frontera con Hong Kong y lo deportaron. Sus 32 años en China fueron marcados por la segunda guerra mundial, la violencia, el frecuente vandalismo ejercido muchas veces en contra de los misioneros, los tiranos agresivos que dominaban por el terror, inundaciones, sequía. En 1947, escribió: «Perdí la chispa, la guerra fue muy terrible; lo que estamos viviendo ahora es del demonio». Después de pasar por Hong Kong, llegó, descorazonado, a Irlanda, donde se le diagnosticó una leucemia, que lo llevó a la muerte el 23 de febrero 1956.



Padre Timothy Leonard

En 1928, los padres columbanos asumieron la responsabilidad pastoral por la misión de Nancheng. El padre Timoteo Leonard fue nombrado párroco de la iglesia más grande del territorio, la de Nanfeng. El padre Timoteo había llegado a China en 1920, con los primeros columbanos, a la edad de 27 años. Fue una época muy inquietante en la provincia de Jiangxi: había guerrilleros comunistas que luchaban contra las fuerzas nacionales del gobierno. En el territorio situado alrededor de Nanfeng, lograron establecer un régimen al estilo soviético, bajo el control del Partido Comunista.

Una mañana de julio de 1929, un grupo de guerrilleros entraron en la iglesia cuando el padre Timoteo estaba empezando a celebrar la Santa Misa. Al presentir el peligro, sacó del sagrario las hostias consagradas para consumirlas, pero los bandidos las agarraron, y las desparramaron por el suelo. Apresaron al padre Timoteo y lo llevaron, a golpes, con una soga al cuello. Después de un juicio, lo descuartizaron hasta que murió, y su cabeza quedó separada del cuerpo. Un colega suyo, el padre Dermody, al comentar los hechos, decía que los bandidos estaban furiosos al ver a un hombre solo, sin miedo, con el coraje para enfrentarlos y salvar, y a toda costa, el Santísimo de cualquier peligro. El padre Dermody decía: «Estoy convencido de que su celo por el Santísimo Sacramento fue la causa primordial de su muerte, ¿no es acaso un martirio?»

Había nacido en Irlanda, en el pueblo de Ballysimon, condado de Limerick, en el sudeste de Irlanda. En 1918, se ordenó sacerdote en la diócesis de Limerick. Cuando joven fue muy alegre y chistoso. Según los testimonios de sus compañeros, no había ningún viaje que fuera demasiado largo, ninguna molestia o peligro demasiado grande, si había trabajo misionero que hacer. Fue consecuente y un seguidor incondicional de Jesús, capaz de sufrir y de no escatimar su vida ni la de los demás por la causa del Evangelio.

El padre Tim Leonard fue el primero de muchos sacerdotes columbanos que sufrieron el martirio en China, Corea, Filipinas y Jamaica.

Hermana columbana, nacida en Belfast, Irlanda. Fue asesinada junto a siete prisioneros en el penal de Lurigancho, Lima, Perú, en la tarde del 14 de diciembre de 1983. Joan, junto a tres compañeros de la pastoral penitenciaria, fueron tomados como rehenes por los prisioneros que estaban luchando por obtener justicia y condiciones de vida más humanas. Todos murieron cuando la policía abrió fuego contra el vehículo fuera de la prisión de Lima.



Hermana Joan Sawyer

Joan solía ir a la prisión de San Juan de Lurigancho tres o cuatro días a la semana, para visitar a los prisioneros. Las condiciones de vida eran malas, y de cinco mil prisioneros, solo unos pocos habían sido condenados. El resto tenía sentencias pendientes, es decir, entre ellos podría haber algunos inocentes.

Joan llevaba medicamentos para algunos, una palabra amable para otros y noticias de cómo iban sus papeles legales en el Ministerio de Justicia. La mayoría de los prisioneros provenían de los sectores pobres de Lima, por lo tanto, no contaban con mayor apoyo legal.

En la mañana del 14 de diciembre de 1983, un grupo de presos decidió escapar, tomando como rehenes a Juana, a tres hermanas maristas y varios trabajadores sociales. Después de varias negociaciones con las autoridades penitenciarias, se acordó que a los prisioneros y rehenes se les permitiría salir de la prisión en la tarde en una ambulancia. Pero en la puerta de la prisión, la policía acribilló a la ambulancia desde todos lados. Cuatro balas impactaron a Joan y cuando la sacaron de la ambulancia ya estaba muerta.

A Joan se la sigue recordando por el coraje, la bondad y la compasión que demostrara entre y para con los presos. Para guardar su memoria, las comunidades pobres que viven cerca de la prisión han puesto su nombre a un centro de madres, a un centro de retiro y a un centro para grupos de educación secundaria.

En la Eucaristía con que se celebraron los veinticinco años de su muerte, la hermana Mary Nolan, superiora general de la Hermanas Columbanas, dijo: «Joan era una persona común, que fue fiel a las cosas pequeñas y que Dios ha llamado a ser mártir».

Hoy, en siglo XXI, laicos, laicas, sacerdotes y religiosas continúan respondiendo al llamado a ser peregrinos y a compartir la Buena Noticia de Jesús, con toda persona y por todo lugar.

Estos hombres y mujeres, cuyas vidas hemos conocido son discípulos misioneros que han cruzado fronteras. Hay muchos más que no están en este muro y que han dejado sus huellas para bien de la humanidad y del planeta. Son hombres y mujeres que han ido haciendo camino antes que nosotros. Los invitamos a seguir sus pasos.

Se invita a los participantes a nombrar a alguna persona que sea significativa en su vida de fe y en su compromiso cristiano en defensa de la vida.

Porque peregrinar significa

Caminar suavemente sobre la tierra: encuentro con el Dios que nos habla a través de la Creación.

Caminar con los demás: encuentro con el Dios que nos habla a través de las personas con quienes caminamos.

Caminar hacia el otro: encuentro con el Dios que nos habla a través de los lugares y personas que vamos encontrando en el peregrinar.

Caminar dentro de uno mismo: encuentro con el Dios que nos habla desde el interior.



Mientras exploraba el espeso bosque, Columbano penetró en una profunda cueva rocosa, cuya entrada estaba cubierta de zarzamoras. Una vez dentro, descubrió que era la cueva de un oso y que el oso estaba allí. El afable santo le ordenó a la fiera que se marchara y que no volviera nunca más. El oso se marchó e hizo su guarida a unos once kilómetros de Annegray, en el noreste de Francia. Con posterioridad, se transformó en uno de los lugares favoritos de oración del santo, y es hasta hoy un centro de peregrinación.

Columbano fue un hombre apasionado, audaz y casi implacable, pero a la vez lo bastante tierno como para dar de comer a los polluelos de un cuervo. Fue audaz, franco e inflexible con los poderosos, comparable al profeta Amós. Y a la vez muy afectuoso con sus monjes y lleno de compasión por los pecadores, por los que sufren y por los oprimidos.

El oso y los monjes celtas, Columbano y Gall - Relato de la cueva del oso

Hay muchas leyendas sobre los santos célticos y el oso. Tanto san Columbano como san Gall se hicieron amigos del oso.

En muchas culturas, al oso se lo conoce por sus cualidades humanas. Simboliza la fuerza, la soledad; los osos no son animales gregarios. Muchas veces se mantienen por sí solos. También son símbolo de protección por cómo la madre defiende con fiereza a sus cachorros. El oso es un ser que sobrevive, que es fuerte ante la adversidad y capaz de sobreponerse a los peores desastres. Es una criatura pensativa, independiente y de apariencia distante; tiene poca necesidad de compañía, es autosuficiente y de carácter fuerte. El oso es un gran compañero cuando busca la compañía humana, y proporciona seguridad personal. El oso acompaña en períodos de soledad, y produce en las personas un sentimiento de tranquilidad y seguridad.

En la simbología céltica, el oso salvaje posee tanto la fuerza masculina como la femenina. El pueblo celta tenía dos diosas, Andarta y Artio, que se transformaron en la figura del oso. De ahí viene el nombre de «arte», que simboliza la fusión de intuición e instinto, que representa el poder fundamental o primigenio, con la autonomía y la creatividad. Para los celtas, el oso simboliza la fusión de todos estos elementos en una sola estrella unificadora que refleja los poderes de los animales.

De lejos, el oso es muy bello, atractivo y digno, si bien es una bestia y es peligroso cuando anda en busca de comida o si se le invade su espacio. Hay que apaciguarlo, hay que apaciguar a la bestia. Tanto para Columbano como para Gall, el gran desafío fue dominar el oso y ganar su amistad. No podían dejar que el oso los venciera. Para ellos el oso representaba la “bestia” dentro de cada uno de nosotros: esos aspectos de nuestras vidas que resultan incontrolables, insoportables y violentos. Son aspectos de la vida de nuestra alma que tenemos que dominar y transformar. Controlar y dominar al oso significaba apaciguar a la bestia que hay dentro de nosotros, para amar con mayor libertad.

En la cultura germánica, el oso es el símbolo del guerrero. También es un símbolo de sabiduría, sinceridad y respeto dentro del clan; de veracidad frente al universo, y de la relación de los seres humanos con su medio ambiente. El oso ayuda a que cada uno de nosotros pueda reconocer su verdad personal y sepa cuándo tiene que defender sus derechos, o bien, cuándo retirarse. Columbano y Gall se hicieron amigos de sendos osos. Según la leyenda, cuando Columbano quiso hacer suya una gruta en las montañas de los Vosgos, le ordenó al oso que se retirara y lo dejara solo en su ayuno y en su contemplación. Más tarde, el oso lo iba a visitar para hacerle compañía en sus momentos de soledad.

También hay una leyenda sobre Gall de cómo un oso llegó a ser su amigo del alma y lo acompañó en los últimos años de su vida, cuando pasaba mucho tiempo en soledad. El oso le llevaba leña para su fogata. Al oso se lo premiaba con una hogaza de pan. Hoy en día, el símbolo del oso forma parte del escudo de la ciudad de St. Gallen, que fue fundada hace 1.400 años, en torno del monasterio de Gall.



Contemplemos la cruz céltica que está grabada en el suelo y que señala la resurrección de Cristo y la integración de todos los elementos del cosmos.

El círculo de la cruz céltica se usa en la evangelización como un icono religioso. En su origen, este círculo parecería representar al Sol, que era la divinidad de los pueblos, antes de la llegada del cristianismo. Los cuatro puntos cardinales simbolizan la integración del Sol y la Tierra en perfecta comunión. La construcción de estas cruces se remonta al período entre los siglos IX al XI del mundo céltico.

La cruz céltica, como símbolo cristiano, fue introducida en Irlanda por los monjes medievales, como parte integral del proceso de evangelización de la isla y para transmitir mejor el Evangelio.

Las funciones de la cruz eran religiosas y conmemorativas. Se alzaba fuera de los monasterios y lugares de culto cristianos, a modo de monumentos identificativos. Las primeras iglesias eran muy pequeñas, por eso, las celebraciones religiosas a menudo tenían lugar alrededor de la cruz. También se encuentran en los cementerios y los cruces de caminos.

Otro símbolo presente es la barca. Símbolo que nos acompaña desde el comienzo de este recorrido y que representa el viaje de los primeros monjes del Medioevo que se hicieron a la mar para emprender un viaje de búsqueda del Reino. En ella hay dos remos: uno que simboliza la oración y el otro, el trabajo. Ambos aspectos han caracterizado la vida monástica desde sus comienzos.

Relacionamos la barca con la expresión «quemar las naves», es decir, jugarse el todo por el todo por aquello que uno emprende o cree. En este caso, entregamos nuestras vidas al servicio del Evangelio; sabiendo perseverar cuando todo se presenta adverso; mantener la esperanza, sin renunciar al gran sueño de la eternidad y los anhelos de una vida digna y justa para la humanidad y el planeta.

Si seguimos observando el muro, veremos que en este espacio se unen dos continentes: la Europa monástica y América Latina que mira al futuro desde el pasado. Esto indica que, como columbanos, continuaremos llevando a cabo la misión que Dios nos ha encomendado: cruzar fronteras anunciando la Buena Nueva de Jesús a todos los pueblos.





Estamos en un lugar que es una réplica de Gallerus, una gruta construida en el siglo VII por un grupo de monjes celtas en el sudoeste de Irlanda.

Es un lugar que representa el centro del universo, el centro del cosmos, el vientre de Dios Padre-Madre, el lugar donde comenzó y se desplegó la vida; el lugar donde cada uno de nosotros se pregunta ¿de dónde vengo?, ¿a dónde voy? en definitiva ¿cuál es mi origen y mi destino? Estas preguntas nos acompañan desde siempre como humanidad y nos ponen en movimiento; despiertan nuestra búsqueda para explorar el misterio de la vida.

Es el vientre, la madre tierra, madre universal, madre protectora donde nos sentimos seguros. Es el espacio que nos protege de las «bestias» personales como exteriores; donde las enfrentamos, las vencemos y hacemos nuestras amigas.

Es un lugar de oración, símbolo de la larga historia de contemplación de tantos monjes. En la Edad Media, los monjes, influidos por los Padres del Desierto, como san Antonio Abad, se apartaron a lugares como este para estar solos y cultivar el encuentro cotidiano con Dios. Es una réplica de los lugares monásticos de oración y contemplación. Hoy, este espacio nos invita a experimentar la presencia de Dios en nuestras vidas y nos habla desde el interior por medio de su Espíritu.

Los invitamos a contemplar este espacio, y a tomar conciencia de que estamos entrando en el corazón del universo... oímos los latidos y la fuerza de la vida que se abre paso.

Escuchemos:

«Y vio Dios que todo era bueno» (Gn 1,25b)

Dejamos que nos rodee la inmensidad del universo y nos llene de alegría. Invitamos a todos y todas al gran silencio: queremos experimentar y sentir el silencio cósmico original, el silencio del vacío original cuando nada existía y todo estaba. Silencio profundo, inmenso, preñado de energías por irrumpir y expandirse.

En este silencio queremos recordar una historia que a veces desconocemos, pero que desde el comienzo ha estado en lo más profundo de nuestro ser: hace 15 mil millones de años una gran explosión de luz dio origen al universo, brotó la vida. Una vida que sigue expandiéndose, desplegándose en la historia a través de cada ser que existió, existe y existirá, a través de cada evento que ha dado forma a nuestro cosmos. Porque al igual que en una danza, la materia y la energía se encontraron para tejer la vida, todo en un proceso fatigoso como es la experiencia del parto.

Abrimos nuestro corazón para comprender el lenguaje del universo. Un lenguaje muy antiguo que vive dentro de cada uno, cuidando la vida. Donde el ciclo de la Luna marca nuestro pulso, el latido de la Tierra es nuestro tambor y la profundidad del Cielo es nuestro horizonte.

En un lento proceso de cerca de 300 mil años, las energías desplegadas en esta tremenda explosión, hicieron que las partículas invisibles se fueran juntando en grandes nubes formando átomos de hidrogeno dando origen a los elementos. Así nació la materia y a través de un fatigoso proceso se fueron formando las primeras estrellas y galaxias.

Estas estrellas gigantes se fueron consumiendo y estallaron para dar forma a cada uno de los elementos que son parte de todo lo que conocemos hoy. Nuestro sistema solar es fruto de una de esas estrellas que murieron para dar vida nueva. Somos parte del polvo de esa estrella que al ir juntándose dio origen al Sol, los planetas con sus lunas, los asteroides, cometas... la tierra.

Por millones de años nuestra tierra era un mar de material incandescente, una masa de lava sin forma que lentamente se fue enfriando creando corteza, apareciendo la tierra firme y los océanos, creando las condiciones para que surgiera la vida.

Dijo Dios:

«Júntense las aguas de debajo de los cielos en un solo depósito, y aparezca el suelo seco.» Y así fue. Dios llamó al suelo seco "Tierra" y al depósito de las aguas "Mares". Y vio Dios que esto era bueno...» (Gen 1, 9).

De todos los planetas en nuestro sistema solar, sólo la tierra está en una órbita precisa para que surja la vida, tiene el tamaño requerido y el calor interno necesario para generar y reciclar su atmosfera, su agua e incluso su dura superficie. Todos los seres vivos tenemos estas primeras células como nuestros antepasados biológicos. Con el nacimiento de estas células, la vida entró en la historia del universo y la tierra se convirtió en madre, y de su vientre fecundo nacieron todas las criaturas que durante millones de años hemos poblado el planeta.

Dijo Dios:

«Llédense las aguas de seres vivientes y revoloteen aves sobre la tierra y bajo el firmamento.»... Los bendijo Dios, diciendo: «Crezcan, multiplíquense y llenen las aguas del mar, y multiplíquense asimismo las aves sobre la tierra... Y vio Dios que todo esto era bueno». (Gen 1, 20-23)

En esta historia de expansión y comunión entre todo lo creado: planetas, estrellas, soles, seres vivos, reconocemos que todos compartimos un origen común. En este origen común radica nuestra unicidad, diversidad y creatividad. El universo es el vientre común donde cada uno de nosotros y nosotras surgimos y vivimos. ¡Somos parte de él!: nosotros y nosotras, somos el sol y las estrellas que se miran a sí mismas.

Por tanto cuidar la creación es cultivar la capacidad de ligarnos constantemente a todos los seres. Sabernos emparentados con todo lo creado. Para vivir aquello a que nos invita las palabras del Jefe Seattle:

“Para que respeten la tierra, debéis decir a vuestros hijos que la tierra está plena de vida de nuestros antepasados. Debéis enseñar a vuestros hijos lo que nosotros hemos enseñado a los nuestros: que la tierra es nuestra madre. Todo lo que afecta a la tierra afecta a los hijos de la tierra.

Esto lo sabemos: la tierra no pertenece al hombre, sino que el hombre pertenece a la tierra. El hombre no ha tejido la red de la vida: es sólo una hebra de ella. Todo lo que haga a la red se lo hará a sí mismo. Lo que ocurre a la tierra ocurrirá a los hijos de la tierra. Lo sabemos. Todas las cosas están relacionadas como la sangre que une a una familia” (de la carta del jefe Seattle al Presidente de los EEUU, 1854).

Y que Teilhard de Chardin expresa de esta manera:

«A aquel que ame con pasión a Jesús, escondido en las fuerzas que hacen crecer a la Tierra, la Tierra, maternalmente, lo levantará en sus brazos gigantesco, y lo hará contemplar el rostro de Dios» (Himno del Universo)

Pero si todo se originó en lo que llamamos el Big Bang, ¿qué pasa con nuestra fe en la Creación de Dios?

Existe la tendencia a vivir un divorcio entre fe y ciencia. Sin embargo, la teoría del Big Bang no contradice lo que creemos los cristianos acerca de la Creación, porque nadie ha podido explicar aún cómo se originó la primera explosión, o qué la originó. Para los creyentes ahí está la voluntad de Dios, que por amor quiso regalarnos la vida (Cfr. Catecismo de la Iglesia católica n°159).

El relato de la creación, que aparece en la Biblia, es una narración que busca poner en palabras, de la mejor forma posible, un misterio que nos sobrepasa: comprender el universo y la acción de Dios.

Al narrar la historia de la Creación, contamos nuestra propia historia en forma personal y muy verdadera. El misterio no radica en cómo entendemos lo que significa estar vivo, sino en la medida en que el relato o narración es capaz de despertar en lo profundo de nuestro propio ser, el sentido de estar vivo, y de proyectarnos hacia una forma nueva de relacionarnos con la fuerza vital que vivifica el universo, junto con todas las cosas que hay en él.

¿Qué significa confesar que Dios es Creador?

- Que el mundo, con todos sus mares y estrellas, plantas y animales, los seres humanos, encuentra su origen en el designio amoroso de Dios, que nos crea gratuitamente.
- Que al crearse el mundo, comenzó la historia de salvación.
- Que Dios actuó, libre y generosamente, por amor, para comunicarnos su propia vida.
- Que el ser humano con su libertad está llamado a colaborar en este gran plan, «a fin de ir construyendo una comunión y una participación definitivas en tres planos: la relación del ser humano con el mundo; su relación con las personas como hermano, y su relación con Dios como hijo» (Documento Puebla, 322).

¿Qué consecuencias se desprenden para nuestra fe, creer en la Creación de Dios?

Tomado del documento «Gozo y esperanza» del Concilio Vaticano II (GS), y del documento de la III Asamblea de los Obispos de Latinoamérica y del Caribe, en Puebla, México, 1978 (DP).

- El respeto a la madre tierra que nos alimenta y que nos acoge en su seno cuando morimos, y que no puede ser explotada en forma abusiva ni pueden apropiarse de ella unos pocos. La destrucción del medio ambiente, como la contaminación, el agotamiento de recursos no renovables y las graves injusticias que se cometen en el mundo actual, indican que estamos muy lejos de lograr este respeto por la tierra que nos exige el Creador (Cfr. Lev 25, 23).
- Respeto por la dignidad de la persona, imagen de Dios, libre, inteligente y capaz de amar, que jamás puede ser pisoteada, lastimada, ni se la debe torturar ni en su cuerpo ni en su espíritu (DP 1262). Por desgracia, vivimos en un mundo que continuamente viola los derechos humanos (GS 27) y se olvida de la máxima de los santos padres: «La gloria de Dios consiste en que el hombre viva» (S. Irineo, siglo II), a la cual monseñor Romero agregó «sobre todo el pobre».
- Respeto por la igualdad esencial entre el hombre y la mujer (GS 29), muchas veces reducida, por un machismo generalizado. «...Se encuentran principalmente nuestros indígenas, campesinos, obreros, marginados de la ciudad y, muy en especial, la mujer de estos sectores sociales, por su condición doblemente oprimida y marginada» (DP 1134)



- Promover el destino universal de todos los bienes, obra de Dios para todos nosotros, y no solo para el uso abusivo de unos pocos (GS 69).
- Reconocer la existencia del mal y del pecado en el mundo, no como fruto de algún principio o espíritu maligno enemigo de Dios, sino de las limitaciones de la naturaleza y de la libertad humanas (Cfr. Gn 3). El pecado, y en concreto, la situación de injusticia de América Latina, es contrario a los planes de Dios (Cfr. DP 28-30), al dañar a los pobres se sigue crucificando a Jesús (Cfr. DP 31, 39).
- Asumir el trabajo humano, para cooperar con el desarrollo de la Creación según los planes de Dios (Cfr. Gn 1, 28). La imagen que tenemos de Dios Creador se alegra de que el ser humano ejerza su legítima autonomía en ciencia, trabajo, política, arte (GS 33-39).
- Tener una visión de esperanza, sabiendo que el mundo, obra de Dios, es bueno (Gn 1-3) y que Dios no lo abandona, sino que lo acompaña amorosamente (Mt 6, 23-24), como un padre que vela por sus hijos e hijas. Por eso, esperamos que un día en este mundo triunfen definitivamente la justicia y el amor y se realice la plenitud del plan de Dios: su Reino. Nuestro trabajo se convierte en la semilla de la tierra nueva y del cielo nuevo que esperamos (GS 39).

Conociendo otras espiritualidades

Al recorrer este espacio, vemos algunos signos en la pared y en el suelo. Entramos en un espacio sagrado, donde se entrecruzan diversas cosmovisiones y espiritualidades que cuidan el universo y se relacionan con él de una manera armoniosa, respetuosa e integradora. Vayamos descubriendo cada una de ellas

Nuestros pueblos originarios

La cosmovisión de nuestros pueblos indígenas se basa en un profundo respeto por el medio ambiente. La Madre Tierra o Pachamama (aymara) o la Mapu (mapuche) es la dadora de vida, es quien nos provee y cuida.

En la visión común, el ser humano está por encima de la tierra y se siente superior a ella. La tierra puede venderse, arrendarse y usurparse por cualquier medio. Pero para nuestros pueblos indígenas, el ser humano es parte de la tierra, y vive en armonía y equilibrio con ella. La tierra es el lugar donde se desarrolla la vida comunitaria y el lugar de encuentro con la sabiduría. Por considerarla un sujeto vivo, le piden permiso para sembrar o para construir una casa, pues con el trabajo la van a lastimar. Con esta sabiduría, los pueblos indígenas nos enseñan a mantener y a proteger la armonía del ecosistema de la Tierra y a luchar contra quienes la explotan y la acaparan de manera irracional.

Sin riesgo de equivocarnos, podemos afirmar que la visión indígena de la naturaleza y del cosmos es relacional, es decir, la naturaleza es su madre dadora de vida y los demás seres vivientes llegan a ser los hermanos y hermanas que cohabitan con el ser humano.

Mandala de la Creación

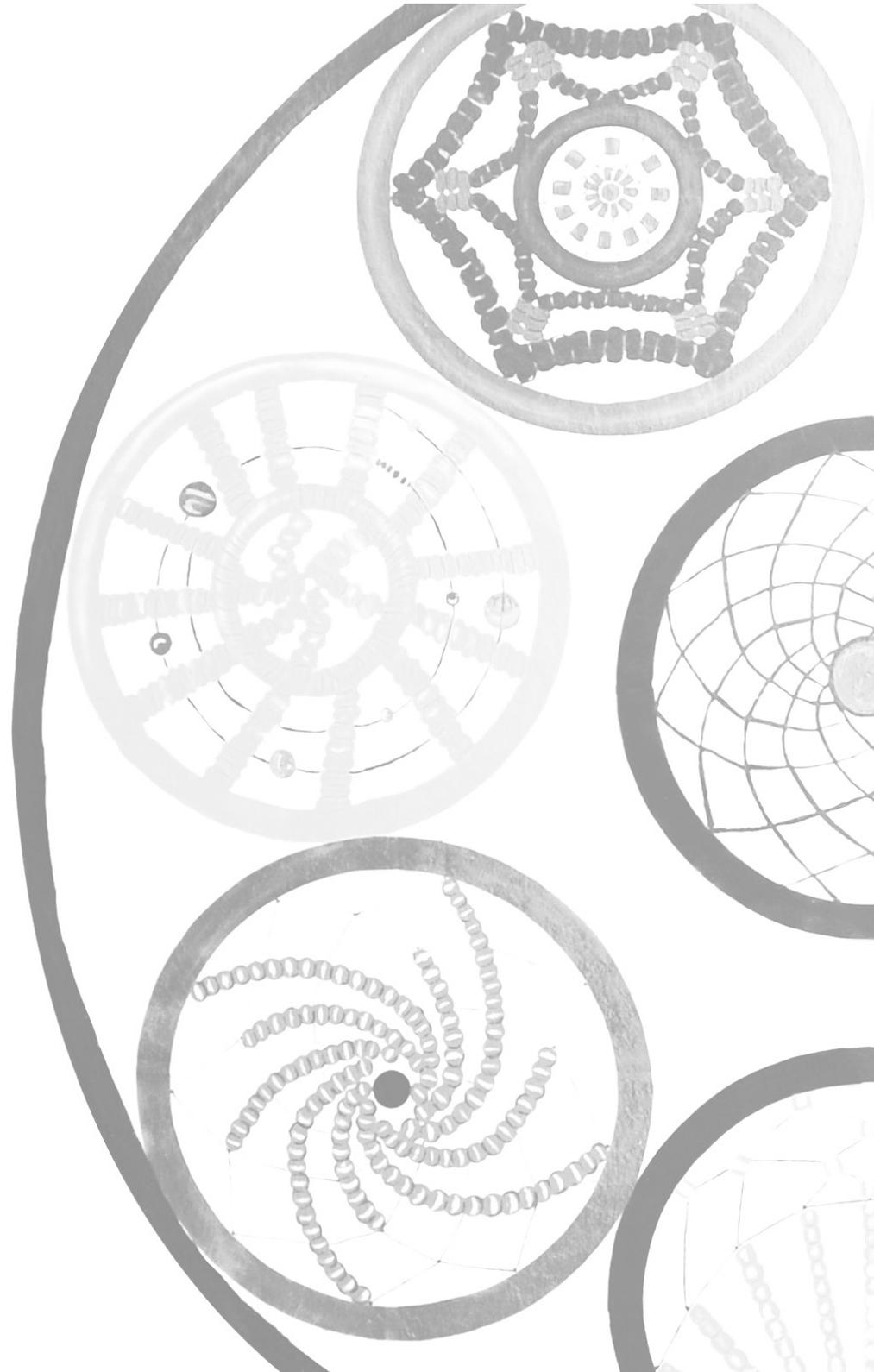
Mandala es una palabra que en sánscrito (antigua lengua de la India) quiere decir 'círculo sagrado'. Algunos lo llaman «el laberinto de los círculos». Se usa para meditar, para concentrar energía y equilibrar los desórdenes producidos por diferentes factores que alteran y desestabilizan el universo. Si observamos un mandala, buscamos que nos centre, que nos armonice, nos otorgue paz y bienestar, dejando que fluyan nuestras ideas, creatividad y energías.

El mandala es un símbolo circular, que ha existido desde el principio de la humanidad. Las distintas culturas coinciden en que lleva a la unidad entre los seres humanos y con todo el cosmos. Pero no pensemos que los mandalas están presentes en una sola cultura; también son mandalas un nido, la telaraña, el iris de nuestro ojo, el kultrún, el símbolo del yin-yang, los rosetones de las catedrales góticas, los círculos de piedra célticos, el diseño de una plaza.

El mandala que está pintado en la pared fue elaborado por mujeres Filipinas de la tribu Subanen, que trabajan en el proyecto Tejer un Mejor Futuro. Les contamos algo de este proyecto:

«Los miembros de la tribu Subanen viven aislados en las escabrosas montañas de la isla de Mindanao, en las Filipinas. Los misioneros columbanos vivimos entre los subanenses, evangelizándolos y compartiendo con ellos sus alegrías y tristezas. Ellos llevan una vida de penurias: sus chozas no los protegen de las inclemencias del clima, y sus huertos producen poca comida. Sabiendo que la vida es dura para ellos, algunos promotores de empleo poco escrupulosos engañan a las mujeres con falsas promesas de excelentes trabajos en el extranjero. Pero en vez de conseguir un buen empleo, las mujeres a menudo se encuentran solas en el extranjero y viviendo en condiciones de esclavas.

El sacerdote columbano Vicente Busch inició un proyecto de manualidades que proporciona a las familias subanenses empleos y un medio para mejorar sus vidas. En el proyecto se confeccionan artesanías como los mandalas, unos círculos tejidos con hilo y pedrería, que proclaman las maravillas de la Creación de Dios».



Explicación de cada círculo:

El nacimiento del universo

En el principio, el Espíritu dijo: *«Haré un fuego y, con su calor, que arda toda la Creación y se expanda; que la materia y la energía conversen y tejan la leyenda del universo. Y, en el transcurso del tiempo y del espacio, tocaré esta leyenda con mi gracia».*

El nacimiento de las galaxias

Y entonces, dijo el Espíritu: *«Que el fuego comience a bailar en nubes refrescantes de elementos, donde la fuerza de gravedad lleve a que los átomos se conviertan en galaxias, y abrace las estrellas hasta que se enciendan para llenar la oscuridad con su luz».*

El nacimiento del sistema solar

Y dijo el Espíritu: *«Que las estrellas se enciendan hasta que consuman el fuego nuclear en sus vientres, y que al explotar, caigan elementos, y que de su polvo salgan nuevas estrellas, con sus lunas y planetas en su comitiva».*

El nacimiento de la Tierra

Y dijo el Espíritu: *«Junto con los planetas cercanos y lejanos, que la Tierra tome forma en torno de su estrella. Mientras su corteza se hace sólida, que las rocas fundidas latan dentro y levanten montañas, expandan los mares, y que moldeen y plieguen su geografía».*

El nacimiento de la vida

Y dijo el Espíritu: *«Que el calor y el relámpago revuelvan el mar para alentar su química, y desde ese agitado charco de genes, que la Tierra dé a luz seres vivos, y broten de ella toda clase de seres con raíces y piernas, con aletas y alas».*

El nacimiento de la Comunidad de la Tierra

Y dijo el Espíritu: *«Desde la arena del desierto a la nieve de la montaña, que surjan y se formen lugares habitables, donde las plantas y los animales participen en el áspero dar y recibir de la naturaleza, y que toda criatura desempeñe un papel en el conservar la Tierra viva y entera».*

El nacimiento de los seres humanos

Y dijo el Espíritu: *«Que el fuego del coro de la naturaleza, sus furiosas tormentas y sus bosques imponentes, su mar embravecido y sus altos picachos, sus cielos encendidos y fecundos arrecifes, hagan arder los corazones humanos con su esplendor, y forjen sus almas con admiración y asombro».*

El nacimiento de la era ecológica

Entonces dijo el Espíritu: *«Que la vida entrelace tierra y mar en la trama de su comunidad. Que su poder mueva los corazones humanos para que enmienden el mundo que ellos han roto en pedazos, y cante con cada hoja y cada piedra: ¡Esta es nuestra Tierra! ¡Este es nuestro hogar!»*

El nacimiento de tu historia

Entonces, dijo el Espíritu: *«Que la historia que formó el universo se cuente de nuevo en cada nacimiento. Que los seres humanos sientan la alegría del transformarse de la Creación, del fuego que llegó a ser una sinfonía portentosa verde-azul».*

Peregrinemos observando lo que aparece ahora en nuestro recorrido.

La mayoría de nosotros vivimos en la ciudad. Somos los responsables por la destrucción de la armonía de nuestro planeta.

Escuchemos a los obispos reunidos en Aparecida, Brasil 2007:

«América Latina es el continente que posee una de las mayores biodiversidades del planeta y una rica sociodiversidad, representada por sus pueblos y culturas. Estos poseen un gran acervo de conocimientos tradicionales sobre el uso sustentable de los recursos naturales, así como sobre el valor medicinal de plantas y de otros organismos vivos, muchos de los cuales forman la base de su economía. Actualmente, tales conocimientos están siendo objeto de apropiación intelectual ilícita. Hay industrias farmacéuticas y de biogenética que los patentan, generando así una vulnerabilidad en los agricultores y sus familias, que dependen de esos recursos para su supervivencia.

Las poblaciones tradicionales han sido prácticamente excluidas de las decisiones que se refieren a las riquezas de la biodiversidad y de la naturaleza. La naturaleza ha sido y sigue siendo agredida. La tierra ha sido depredada. A las aguas se las trata como si fueran una mercancía que las empresas pueden negociar, además de haber sido transformadas en un bien disputado por las grandes potencias» (DA 83-84).

Ante esta realidad, la voz de Dios nos pregunta constantemente, «¿Podrán revivir estos huesos?» (Ez 37,31). Y Él mismo nos abre un camino de esperanza: «esto dice el Señor, ven de los cuatro vientos y sopla sobre estos muertos para que vivan... infundiré sobre ellos mi espíritu y vivirán» (Ez 37,9-14).

Sigamos caminando y profundicemos en esta realidad de deterioro y destrucción de nuestro planeta.

En esta realidad sentimos la presencia del mal, que es una realidad que provoca ruptura: con Dios, entre los seres humanos y con la Creación. Muchas veces en nuestra vida cotidiana hemos experimentado lo que dice el apóstol san Pablo: «Hago el mal que no quiero y no el bien que quiero» (Rm 7, 15). Esta realidad de ruptura o de pecado la consideramos ceguera o sordera ante la realidad que destruye. Por todos lados nos rodean situaciones de injusticias y de ruptura entre los seres humanos y con el planeta.

Los invitamos a leer todo lo que está escrito en el árbol seco. Somos responsables del racismo, discriminación, esclavitud, pobreza, terrorismo, guerras, prostitución, abuso sexual, drogadicción, alcoholismo, odio, violencia familiar, avaricia, explotación, autoritarismo, enfrentamientos, narcotráfico y diversas formas de esclavitud. «La naturaleza ha sido y continúa siendo agredida, la tierra fue desprendida, las aguas están siendo tratadas como si fuera una mercancía» (DA 84).

Ante estas realidades es necesario vivir un proceso de transformación, que con la fuerza del Espíritu nos permita pasar del ser humano antiguo al ser humano nuevo. Esta transformación es lo que llamamos proceso de conversión, es decir, vivir un proceso que permita cambiar las maneras de actuar que perjudican la vida, tanto personal como social y ecológica, favoreciendo un cambio sincero y honrado, un cambio profundo, un nuevo nacimiento. Es un dejar que Dios nos transforme el corazón de piedra en un corazón capaz de compadecerse, de ser solidario y de sentir misericordia por todo lo creado; para vivir según los criterios del Evangelio, gestando una civilización de amor.

Escuchamos a Dios que nos habla a través de su Palabra, llamándonos a la conversión:

- « ¿Dónde está tu hermano?» (Gen 4. 9a),
- « ¿Soy acaso el guardián de mi hermano?» (Gen 4,9b);
- «Consuelen, consuelen a mi pueblo» (Is 40,1),
- «Les arrancaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, infundiré mi espíritu en ustedes» (Ez 36,26),
- «No temas pues yo estoy contigo, no te angusties pues yo soy tu Dios, yo te fortalezco y te ayudo y te sostengo» (Is 41,10),
- «Mira como te tengo grabado en la palma de mis manos» (Is 49,16).

Pero en medio de toda esta realidad de muerte y de pecado, Dios sigue fiel, como lo ha hecho desde el principio con toda la humanidad y con el universo. Sigue presente en medio de su pueblo, sosteniéndolo y alentándolo a que siga peregrinando, como lo hizo con Israel: «Decía Sión: Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado. ¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pero, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré. Mira, en mis palmas te llevo tatuada» (Is 49,14-16).

En el muro hay pintado un árbol con hojas verdes, que representan nuestro compromiso por la vida y nuestra misión de promover la dignidad de cada persona y cuidar la vida del planeta y de todo ser viviente.

Que cada uno se mire en el espejo y diga qué ve. Al mirarnos en el espejo, contemplamos nuestra imagen y, detrás, la imagen del árbol que florece. Así nos ve Dios, y nos invita a descubrir que a pesar de la miseria y la destrucción que nos rodean, somos capaces de florecer y aportar vida a otras personas. Las situaciones de muerte podemos transformarlas en vida, porque contamos con la fuerza del Espíritu que nos acompaña siempre.

Una experiencia del Reino

« ¿Qué buscan? – Maestro, ¿dónde vives?»

Desde el principio nuestro Dios ha querido que tengamos vida, y vida en abundancia. Por eso envió a su Hijo, Jesús, el Verbo hecho carne, para que nos revelara nuestra verdadera humanidad. Y lo hizo movido por el amor: «*Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que quien cree en él no muera, sino tenga vida eterna*» (Jn 3,16).

Este movimiento de Dios hacia nuestra humanidad es lo que llamamos encarnación. El acontecimiento por el cual Dios nos reveló lo grande que es su amor para con toda la humanidad. Toda la Biblia nos enseña que el proyecto de vida de Dios es hacerse uno de nosotros. Éste es el misterio de Jesucristo. Dios se hace hombre en Jesucristo, Emmanuel, “Dios con nosotros”. Y el ser humano participa de la vida de Dios en Jesucristo.

El Verbo hecho carne, en Jesús de Nazaret, nacido de María, ha entrado en nuestra historia, naciendo en un lugar concreto y en un tiempo determinado. Jesucristo es quien ha unido a Dios y al ser humano. Porque Dios será siempre ser humano, y el ser humano estará siempre en Dios. Esta es la maravilla de la Encarnación, el Hijo de Dios se hizo hombre en el seno de una mujer, para que el ser humano tenga su vida en y para Dios.

Vivimos, trabajamos, comemos, dormimos, gozamos y sufrimos como Jesús. Morimos como murió Jesús y resucitamos a una vida nueva como resucitó

Jesús. La encarnación es el acontecimiento que nos revela la grandeza del amor de Dios que quiso hacerse uno de nosotros para que conociéndolo descubramos la dignidad de todo ser humano.

Es en éste acontecimiento donde brota toda experiencia misionera, como un llamado a vivir, desde su dinámica, anunciando el Reino de Dios en todas sus dimensiones. Mediante el bautismo, somos hijos e hijas de Dios, por lo tanto, hermanos del Reino, miembros de la Iglesia e integrantes del pueblo de Dios.

Además de hablarnos a través de su Hijo, Jesucristo, Dios nos habla por medio de su Palabra: la Biblia, que nos invita a reconocernos como hijos e hijas muy amados. Una Palabra que es fuente de vida.

Aquí hay algunos textos que nos animan a comprometernos con la misión:

- *Sácate tus sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado* (Ex 3,5)
- *La palabra se hizo carne, habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria: la gloria que recibe del Padre el único hijo* (Jn1,14)
- *Yo soy el camino, la verdad y la vida, nadie va al Padre sino por mí* (Jn 14,6)

Por medio del sacramento de la confirmación celebramos el sentido profundo del bautismo y reconocemos la filiación que nos impulsa a confesar y a dar testimonio de nuestra fe en Jesús, mediante el don del Espíritu Santo.

Es una fe que nos impulsa a vivir la misión para:

- Anunciar a Jesucristo y su Reino
- Ser peregrinos por Cristo
- Optar por los más pobres
- Acoger al inmigrante
- Edificar a la Iglesia
- Formar comunidades cristianas
- Defender al indígena
- Dialogar con religión y cultura
- Cruzar fronteras de cultura, idioma y país

Jesús quiso dejarnos, en el pan y vino, un gesto tan sencillo y cotidiano para conmemorar hoy su presencia. En la Eucaristía compartimos, celebramos y nos comprometemos con el proyecto de Jesús, que es el Reino de Dios: «Nadie está excluido de la mesa del Señor».

La Eucaristía es la gran celebración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. Toda experiencia y acontecimiento humano tienen su sentido, dentro de la conmemoración de este gran suceso.

En las primeras comunidades, «partir el pan expresaba y creaba la fraternidad, porque eliminaba las barreras discriminatorias. No era un rito de evasión ni de enclaustramiento, sino un compromiso y una toma de posición frente a una sociedad dividida en grupos opuestos. Partir el pan iba unido a la preocupación por que comieran los pobres y desposeídos de la comunidad, y esto no solo por razones humanitarias, sino, y sobre todo, por una exigencia de formar la Iglesia concreta, que tiene el deber de rechazar la distinción entre ricos y pobres»

A modo de símbolo, queremos recordar las fechas y lugares de celebración de nuestro bautismo, primera comunión y confirmación.

Para encontrarnos con Dios no tenemos que separarnos del mundo; con Jesús, Dios entra en nuestra historia, para acompañarnos a que caminemos por ella y transfiguremos el rostro de la exclusión, pobreza, marginación, violencia y toda situación de muerte, en una vida digna para la humanidad y el universo.

Por eso, el anuncio del Reino es el Evangelio, es decir, una Buena Noticia, es la noticia más hermosa y decisiva que pueda comunicarse. El Reino de Dios es el reino de los seres humanos y de todo ser viviente (cfr. Rom 8,22-23). Vivir en clave del Reino de Dios es asumir la causa de Jesús, que son los pobres y la conversión de todas las estructuras injustas, tanto sociales y políticas, como culturales y religiosas, de manera de ir construyendo un mundo fraterno, con justicia, paz y dignidad. Este compromiso con el Reino de Dios se asume teniendo conciencia de que esta sociedad no es fuente de fraternidad ni de justicia ni de dignidad. Por lo tanto, vivir hoy en clave del Reino de Dios significa animarnos a ser un signo de protesta y de propuesta alternativa.

En esta lógica, para los misioneros, los signos del Reino se manifiestan en la historia de la misión universal y local, en los rostros concretos de laicos, sacerdotes y religiosas misioneros que vivieron su compromiso con la justicia y dignidad de todo ser humano.

Este compromiso lo vivimos hoy, al asumir el desafío de los nuevos areópagos de la misión:

- Vivencia comunitaria
- Convivencia intercultural
- Acogida al inmigrante, creando espacios de participación
- Trabajo por la equidad de ambos sexos
- Justicia y paz, y promoción de los derechos humanos
- Pueblos originarios
- Cuidado de la Creación: enamorarnos de la naturaleza como parte de nuestro respeto por la Creación y la conciencia de que somos solo una parte de la red integral de la vida.
- Diálogo y encuentro entre personas y ambientes culturales diferentes, entre otras religiones y creencias
- Agentes de reconciliación y paz.

Asumir los desafíos que la sociedad presenta en cada tiempo significa inculturar el Evangelio en las actuales situaciones históricas. El misionero o misionera se encuentra en las fronteras donde se producen los entrecruces de lenguas, de experiencias religiosas, lógicas sociales, económicas y culturales. Porque la misión busca la transfiguración del mundo desfigurado por el pecado.

La misión *Ad gentes*, que tiene como carisma la Sociedad de san Columbano, es una misión que se lleva a otros pueblos, cruzando fronteras de país, idioma y cultura. *Ad* es una preposición latina que significa 'hacia'; es una expresión que indica movimiento. La misión es un movimiento que implica salir de sí y llegar hacia los demás; es ir más allá del punto donde se está; es ir más allá de sus propias fronteras. *Gentes* es también un término latino, que en su versión griega *ethne* es el plural de la palabra *ethnos*, que significa 'pueblo'. En resumen, *Ad gentes* puede entenderse como una misión 'hacia otros pueblos'.

Al cruzar fronteras de idioma y cultura, la Sociedad Misionera de san Columbano tiene como objetivos específicos:

- Establecer la Iglesia entre los pueblos a los que no se les ha predicado el Evangelio;
- Ayudar a que las iglesias maduren hasta que sean capaces de evangelizar a su propio pueblo y a otros;
- Promover el diálogo entre cristianos y aquellos de otras tradiciones religiosas;
- Facilitar el intercambio entre las iglesias locales, en especial entre aquellas de las cuales venimos y aquellas a las que se nos envía;
- Fomentar en las iglesias locales la conciencia de nuestra responsabilidad misionera.

Es una misión que asume el desafío de crear espacios comunitarios donde se viva con la lógica del Reino, es decir, que busca construir espacios o comunidades donde las personas se encuentren en lugares seguros, de respeto mutuo, de relaciones de igualdad, de servicio y solidaridad.

Misión a todos los pueblos

Todo peregrino está llamado a vivir por el Reino de Dios y a sentirse hermano y hermana de Jesús. Esta experiencia alienta a todas las personas con quienes nos hemos encontrado en nuestro caminar.

En la pared se ha pintado un símbolo que tiene seis puntos de partida. Cada punto representa a un lugar donde se vive la misión columbana. También representa los distintos caminos que tomaron los primeros columbanos que llegaron a Chile, a partir de principios de la década de 1950. En un principio, estos caminos toman direcciones separadas, si bien paralelas, y se juntan en distintas etapas para formar un solo camino, que representa un sentido de misión y unidad en Chile.

Haciendo uso de documentos originales compuestos en dos monasterios, Luxeuil y Bobbio, ambos fundados por san Columbano, se pintaron en el mural los nombres de todas las personas que han trabajado en la misión de Chile. Comenzando con los nombres de los dos padres fundadores de la Sociedad Misionera de San Columbano y con la hermana fundadora de las Hermanas de San Columbano. Tras de sus huellas, están los nombres de los primeros misioneros columbanos que vinieron a Chile.

Se ha dado a los caracteres un leve relieve, para mostrar que los caminos que se tomaron para promover la misión en Chile han tenido baches, pero no han sido infranqueables. El espacio que se ha dejado, después de los últimos nombres, representa el largo camino que aún deben recorrer los columbanos para proclamar la Palabra y el Reino de Dios en Chile. Y también representa todos los retos que esperan más adelante a la Región.

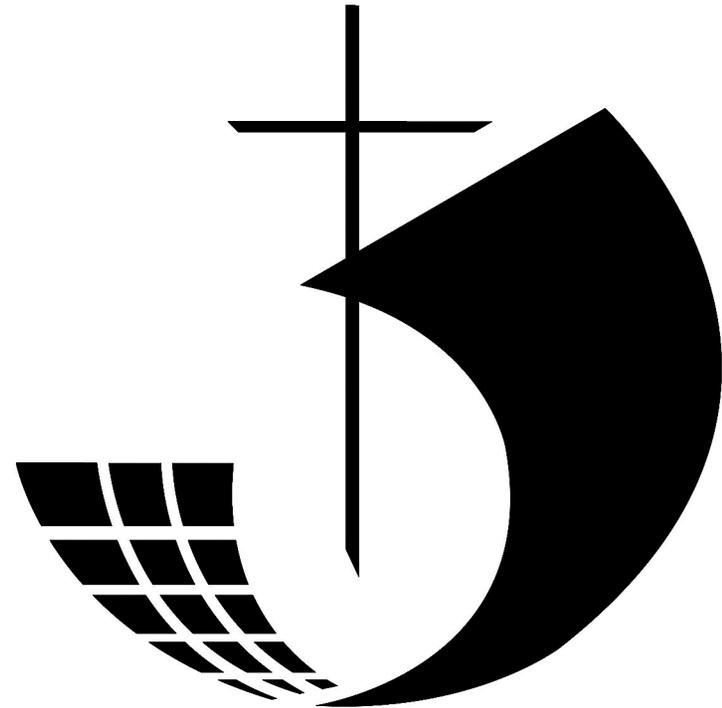


San Columbano es el patrono de la Sociedad Misionera de San Columbano y de las Hermanas de San Columbano. Esta sociedad fue fundada en Irlanda en 1918, por el obispo Eduardo Galvin y el sacerdote John Blowick, con el propósito de emprender la evangelización de China. Esto cautivó la imaginación de jóvenes y de sacerdotes diocesanos, y no solo en Irlanda, sino en todo el mundo de habla inglesa: Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda, Escocia e Inglaterra, que quisieron convertirse en «peregrinos por Cristo». Entre 1929 y 1939, expandió su misión a Corea, Japón, Filipinas y Birmania, donde hasta hoy sigue estando presente. Los columbanos llegaron a América Latina en 1950, primero a Perú, después a Chile.

Son un grupo de misioneros que, siguiendo el ejemplo de su patrono, abrazan la peregrinatio. Dejan sus países y van a otras tierras por Cristo y se dedican exclusivamente a la misión Ad gentes; cruzan fronteras de cultura e idioma, y comparten su fe con otros pueblos. Actualmente, los columbanos invitan a sacerdotes diocesanos y a laicos para que compartan la misión como asociados o laicos misioneros por un tiempo determinado. Al comienzo del tercer milenio, muchos jóvenes se sienten atraídos al oír este desafío que requiere audacia, honradez y profunda fe.

La misión columbana, es una misión en otros pueblos. Hemos expresado esta realidad con los cubos de colores que hay en la sala, cuyos colores representan a los cinco continentes:

- América, color rojo: el martirio vivido en nuestro continente
- África, color verde: las verdes selvas que cubren gran parte del continente
- Asia, color amarillo: el continente del sol naciente
- Oceanía, color azul: las numerosas islas rodeadas por el océano Pacífico
- Europa, color blanco: la multiculturalidad de diversas naciones y migración



Sé servicial cuando estés al pie de la escalera y sé el más humilde cuando tengas autoridad. Sé simple en la fe, pero de bien cuidadas maneras; exigente con tus propios asuntos, pero despreocupado con aquellos de otros. Sé sincero en la amistad, sagaz frente al engaño, firme en tiempo de tranquilidad, tierno en tiempos difíciles.

Mantén abiertas tus opciones cuando no haya problemas, pero sé intransigente cuando debas elegir. Sé agradable cuando las cosas sean desagradables, y pesaroso cuando sean agradables. Discrepa cuando sea necesario, pero concuerda en cuanto a la verdad. Sé serio en los agrados, pero amable cuando las cosas se pongan amargas.

Sé fuerte en las pruebas, débil en las disensiones. Sé lento en el enojo, rápido para aprender y lento para hablar, como dice el apóstol Santiago, igualmente presto para escuchar. Sé diligente y actúa para lograr progresos, tardo para tomar venganza, cuidadoso en la palabra, afanoso en el trabajo. Sé amigable con hombres de honor, inflexible con los bellacos, gentil con el débil, firme con el obstinado, resuelto con el orgulloso, humilde con la gente de condición modesta. Sé siempre sobrio, siempre casto, siempre modesto. Sé paciente hasta donde sea compatible con el celo, nunca ávido, siempre generoso, si no con el dinero, entonces con el espíritu.

Sé puntual en el ayuno, puntual en los oficios nocturnos, discreción en los deberes, perseverante en el estudio, imperturbable en la confusión, alegre en el sufrimiento, valiente en la causa de la verdad, cauteloso en tiempos de conflicto. Sé sumiso ante el bien, inflexible ante el mal, gentil en la generosidad, incansable en el amor, justo en todas las cosas. Sé respetuoso con el ilustre, misericordioso con los pobres.

Sé diligente en los favores, descuidados con los agravios. Sé amante del hombre común, y no desees riquezas, sino apacigua la agitación y hables sin ambages. Obedece a tus superiores, ve al paso de los jóvenes, iguala a tus iguales, imita al perfecto. No envidies a los que son mejores que tú, ni te lamentes por aquellos que te sobrepasan ni censures a los que se quedan atrás, pero concuerdan con quienes te exhortan a proseguir. Aunque fatigado no te des por vencido. Lloro y regocíjate al mismo tiempo, por fervor y por esperanza. Avanza con determinación, pero teme siempre por el final.

san columbano

San Columbano nació en Irlanda en el año 543. Muy joven ingresó a la vida monástica. A los 40 años, dejó el monasterio de Bangor y cruzó el mar con doce compañeros, para ser misionero en el continente europeo. San Columbano surge de la historia de la Edad Media como monje que tiene una misión, lleno de fe, contemplativo, excepcional, resuelto, auténtico y audaz. Venía de la Irlanda céltica, del mundo de san Patricio y santa Brígida, de Columcille y Kevin, que guardaba como un tesoro la visión del mundo de «intimidad sagrada de lo humano, lo natural y lo divino». Su forma de vida era morar en laderas y valles de ríos, cultivando y cuidando la tierra, y santificando las horas con el canto de los salmos. Peregrinó desde Bangor en Irlanda y fundó monasterios en Luxeuil, Annegray, Fontaine en el este de Francia y Bobbio en el norte de Italia.

Columbano no ha dejado de cautivar la imaginación de hombres y mujeres en el transcurso de los siglos. Fue un hombre muy decidido, con una gran vocación misionera y dedicado al servicio de la Iglesia. Muere en Bobbio, el 23 de noviembre de 615.

Algunas de sus características

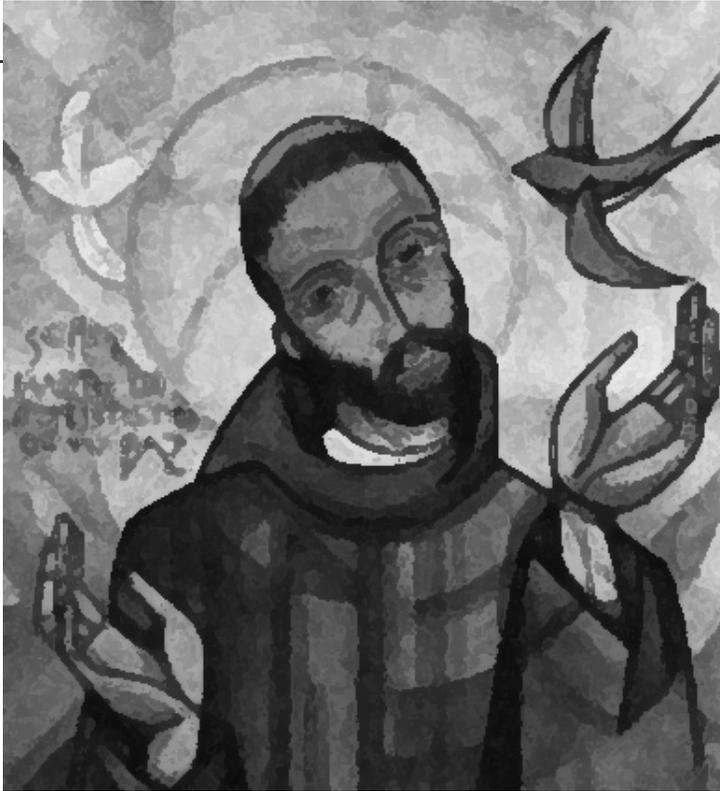
San Columbano fue un abad peregrino; a donde fuera se preocupaba de predicar el Evangelio. La elocuencia de su predicación y el ejemplo de su virtud inducían a la gente a escucharlo. Era un monje que disfrutaba de la vida al aire libre, del tragal, de la montaña, del bosque y del río. Ahí encontraba espacio para la oración, que era para él tan natural como el respirar.



Al término de esta experiencia de peregrinación, nos quedamos un momento para dialogar acerca de lo que hemos visto, oído y compartido.

Cántico de las criaturas, de san Francisco de Asís

(versión de León Felipe, que se usa en la liturgia)



Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor, tuyas son la alabanza, la gloria y el honor; tan solo tú eres digno de toda bendición, y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.

Alabado seas por toda criatura, mi Señor, y en especial alabanza por el hermano sol, que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor, y lleva por los cielos noticia de su autor.

Y por la hermana luna, de blanca luz menor, y las estrellas claras, que tu poder creó, tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son, brillan en los cielos: ¡Alabado, mi Señor!

Y por la hermana agua, preciosa en su candor, que es útil, casta, humilde: ¡Alabado, mi Señor! Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol, y es fuerte, hermoso, alegre: ¡Alabado mi Señor!

Y por la hermana tierra, que es toda bendición, la hermana madre tierra, que da en toda ocasión las hierbas y los frutos y flores de color, y nos sustenta y rige: ¡Alabado, mi Señor!

Y por los que perdonan y aguantan por tu amor los males corporales y la tribulación: ¡felices los que sufren en paz con el dolor, porque les llega el tiempo de la consolación!

Y por la hermana muerte: ¡Alabado, mi Señor! Ningún viviente escapa de su persecución; ¡ay si en pecado grave sorprende al pecador! ¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios! ¡No probarán la muerte de la condenación! Servidle con ternura y humilde corazón. Agradeced sus dones, cantad su creación.

Las criaturas todas, alabad a mi Señor.

Amén.

Bendito san Columbano que dedicaste tu vida
a la expansión del Reino de Cristo
y a la salvación del mundo.
Te imploramos que protejas y
que asistas a los misioneros
de hoy para que construyan un mundo
más fraterno y justo.
Protégenos también a nosotros,
querido san Columbano
y ayúdanos a vivir tu espíritu misionero,
llevando la Palabra de Dios
a todos nuestros hermanos y hermanas.

Amén

La misión continúa

Como misioneros columbanos queremos invitarlos a subir a la barca y a renovar su compromiso misionero para con todos los pueblos.

La Exposición Misionera San Columbano es una invitación a emprender una experiencia de peregrinación. Es un espacio de educación y evangelización, es decir desplazarnos hacia “otras orillas” para descubrir la presencia de Dios en la realidad personal, social, religiosa, comunitaria y ecológica.

Queremos ofrecer esta experiencia a niños, adolescentes y jóvenes de colegios, movimientos juveniles y parroquias. Queremos invitar a las comunidades cristianas a ser parte de la misión universal de la iglesia, que es la misión hacia todos los pueblos de la Tierra.

Equipo Centro Misionero San Columbano

Visite nuestra página: www.columbanos.cl

e-mail: centromisionerocolumbanochile@gmail.com

Contáctese al teléfono: 02-2227577. Marín 0261, Providencia, Santiago

